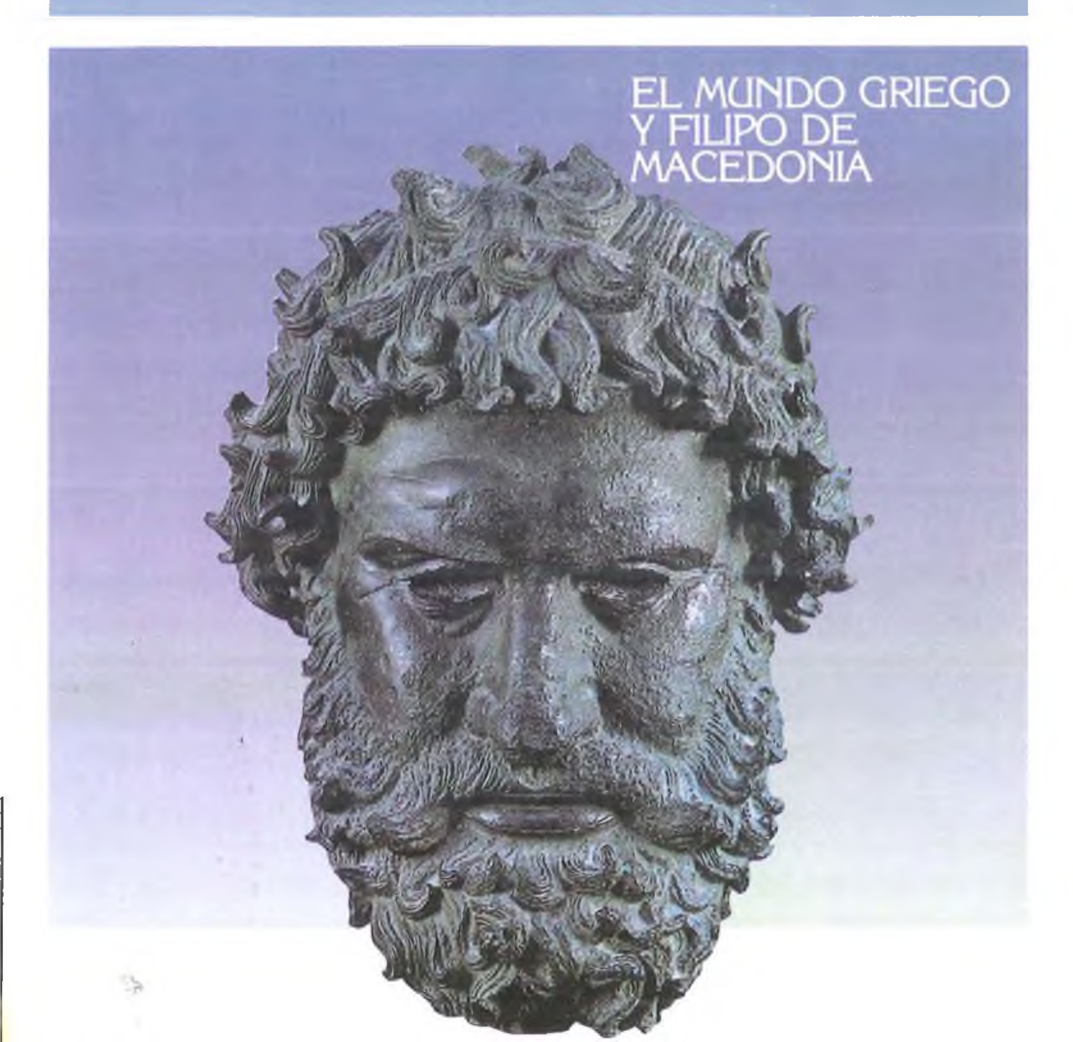
AKAL

HISTORIA DEL MVNDO ANTIGVO

29

GRECIA



EL MUNDO GRIEGO Y FILIPO DE MACEDONIA



Esta historia, obra de un equipo de cuarenta profesores de varias universidades españolas, pretende ofrecer el último estado de las investigaciones y, a la vez, ser accesible a lectores de diversos niveles culturales. Una cuidada selección de textos de autores antiguos, mapas, ilustraciones, cuadros cronológicos y orientaciones bibliográficas hacen que cada libro se presente con un doble valor, de modo que puede funcionar como un capítulo del conjunto más amplio en el que está inserto o bien como una monografía. Cada texto ha sido redactado por el especialista del tema, lo que asegura la calidad científica del proyecto.

ORIENTE

1. **A. Caballos-J. M. Serrano,** *Sumer y Akkad.*
2. **J. Urruela,** *Egipto: Epoca Tinita e Imperio Antiguo.*
3. **C. G. Wagner,** *Babilonia.*
4. **J. Urruela,** *Egipto durante el Imperio Medio.*
5. **P. Sáez,** *Los hititas.*
6. **F. Presedo,** *Egipto durante el Imperio Nuevo.*
7. **J. Alvar,** *Los Pueblos del Mar y otros movimientos de pueblos a fines del II milenio.*
8. **C. G. Wagner,** *Asiria y su imperio.*
9. **C. G. Wagner,** *Los fenicios.*
10. **J. M. Blázquez,** *Los hebreos.*
11. **F. Presedo,** *Egipto: Tercer Período Intermedio y Epoca Saita.*
12. **F. Presedo, J. M. Serrano,** *La religión egipcia.*
13. **J. Alvar,** *Los persas.*

GRECIA

14. **J. C. Bermejo,** *El mundo del Egeo en el II milenio.*
15. **A. Lozano,** *La Edad Oscura.*
16. **J. C. Bermejo,** *El mito griego y sus interpretaciones.*
17. **A. Lozano,** *La colonización griega.*
18. **J. J. Sayas,** *Las ciudades de Jonia y el Peloponeso en el período arcaico.*
19. **R. López Melero,** *El estado espartano hasta la época clásica.*
20. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, I. El estado aristocrático.*
21. **R. López Melero,** *La formación de la democracia ateniense, II. De Solón a Clístenes.*
22. **D. Plácido,** *Cultura y religión en la Grecia arcaica.*
23. **M. Picazo,** *Griegos y persas en el Egeo.*
24. **D. Plácido,** *La Pentecontecia.*
25. **J. Fernández Nieto,** *La guerra del Peloponeso.*
26. **J. Fernández Nieto,** *Grecia en la primera mitad del s. IV.*
27. **D. Plácido,** *La civilización griega en la época clásica.*
28. **J. Fernández Nieto, V. Alonso,** *Las condiciones de las polis en el s. IV y su reflejo en los pensadores griegos.*
29. **J. Fernández Nieto,** *El mundo griego y Filipo de Macedonia.*
30. **M. A. Rabanal,** *Alejandro Magno y sus sucesores.*
31. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. I: El Egipto de los Lágidas.*
32. **A. Lozano,** *Las monarquías helenísticas. II: Los Seleúcidas.*
33. **A. Lozano,** *Asia Menor helenística.*
34. **M. A. Rabanal,** *Las monarquías helenísticas. III: Grecia y Macedonia.*
35. **A. Piñero,** *La civilización helenística.*

ROMA

36. **J. Martínez-Pinna,** *El pueblo etrusco.*
37. **J. Martínez-Pinna,** *La Roma primitiva.*
38. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *El dualismo patricio-plebeyo.*
39. **S. Montero, J. Martínez-Pinna,** *La conquista de Italia y la igualdad de los órdenes.*
40. **G. Fatás,** *El período de las primeras guerras púnicas.*
41. **F. Marco,** *La expansión de Roma por el Mediterráneo. De fines de la segunda guerra Púnica a los Gracos.*
42. **J. F. Rodríguez Neila,** *Los Gracos y el comienzo de las guerras civiles.*
43. **M.ª L. Sánchez León,** *Revueltas de esclavos en la crisis de la República.*
44. **C. González Román,** *La República Tardía: cesarianos y pompeyanos.*
45. **J. M. Roldán,** *Instituciones políticas de la República romana.*
46. **S. Montero,** *La religión romana antigua.*
47. **J. Mangas,** *Augusto.*
48. **J. Mangas, F. J. Lomas,** *Los Julio-Claudios y la crisis del 68.*
49. **F. J. Lomas,** *Los Flavios.*
50. **G. Chic,** *La dinastía de los Antoninos.*
51. **U. Espinosa,** *Los Severos.*
52. **J. Fernández Ubiña,** *El Imperio Romano bajo la anarquía militar.*
53. **J. Muñiz Coello,** *Las finanzas públicas del estado romano durante el Alto Imperio.*
54. **J. M. Blázquez,** *Agricultura y minería romanas durante el Alto Imperio.*
55. **J. M. Blázquez,** *Artesanado y comercio durante el Alto Imperio.*
56. **J. Mangas-R. Cid,** *El paganismo durante el Alto Imperio.*
57. **J. M. Santero, F. Gascó,** *El cristianismo primitivo.*
58. **G. Bravo,** *Diocleciano y las reformas administrativas del Imperio.*
59. **F. Bajo,** *Constantino y sus sucesores. La conversión del Imperio.*
60. **R. Sanz,** *El paganismo tardío y Juliano el Apóstata.*
61. **R. Teja,** *La época de los Valentinianos y de Teodosio.*
62. **D. Pérez Sánchez,** *Evolución del Imperio Romano de Oriente hasta Justiniano.*
63. **G. Bravo,** *El colonato bajoimperial.*
64. **G. Bravo,** *Revueltas internas y penetraciones bárbaras en el Imperio.*
65. **A. Giménez de Garnica,** *La desintegración del Imperio Romano de Occidente.*



GRECIA

Director de la obra:

Julio Mangas Manjarrés
(Catedrático de Historia Antigua
de la Universidad Complutense
de Madrid)

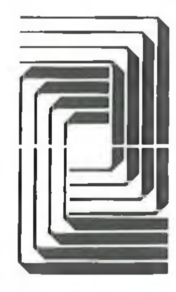
Diseño y maqueta:

Pedro Arjona

Los Berrocales del Jarama
Apdo. 400 - Torrejón de Ardoz
Madrid - España
Tels.: 656 56 11 - 656 49 11
Depósito Legal: M-29281-1989
ISBN: 84-7600-274-2 (Obra completa)
ISBN: 84-7600-431-I (Tomo XXIX)
Impreso en GREFOL, S.A.
Pol. II - La Fuensanta
Móstoles (Madrid)
Printed in Spain

EL MUNDO GRIEGO Y FILIPO DE MACEDONIA

F. J. Fernández Nieto



Indice

Págs.

Introducción

La batalla de Mantinea (362), en la que murió Epaminondas, y la derrota de Atenas en la Guerra de los Aliados (355), que dejó reducida la segunda Confederación marítima a un grupo de estados insulares con escasa fuerza, consumaron el fracaso definitivo de las formaciones hegemónicas. Esparta, Tebas y Atenas quedaron profundamente debilitadas tras sus intentos de establecer un dominio efectivo sobre la mayor parte de la Hélade, pero todos los griegos pagarían su agotamiento viéndose inexorablemente a merced de los macedonios.

En efecto, el vacío que se produjo en Grecia a causa del desgaste incesante sufrido por las tres grandes potencias durante la primera mitad del siglo IV no duró demasiado tiempo: la ocupación de ese espacio marca precisamente el inicio de una nueva época, en todos los órdenes de la vida y del pensamiento, que estuvo llamada a modificar muchos de los caracteres distintivos de la cultura anterior: es la ruptura que puso término al período clásico de la historia griega. Fue en el norte del Egeo, en Macedonia, en donde un personaje que había alcanzado el poder, primero como regente y luego desde el trono, se convirtió en el árbitro de la postrera autonomía de los griegos. La obra de gobierno de Filipo II de Macedonia habría de fundamentar un cambio radical en todo el mundo antiguo, aunque la responsabilidad de conducirlo vertiginosamente recayó, por voluntad del destino, sobre su hijo y sucesor Alejandro.

Veinte años antes de que Filipo obtuviese el cetro existió en el norte de Grecia otro monarca absoluto, cuya ambición e inteligencia le colocaron en disposición de equipararse a los principales estados de su tiempo: el tirano Jasón de Feras. Con rapidez y acierto Jasón dominó a todas las ciudades de Tesalia; los dólopes y los molosos acataron su protectorado, la Acaya Ftiótide, los magnesios y los perrebos le pagaban tributo. Impuso su nombramiento como *tagos* (señor absoluto) de los tesalios y estableció un acuerdo de alianza con Tebas. En los Juegos Píticos de Delfos pretendió aparecer como el jefe indiscutible de toda la Hélade y que los amfictiones le encomendaran la misión de emprender una gran expedición contra Persia, que muchos griegos alentaban. Su asesinato en el 370 disgregó de nuevo a Tesalia en una serie de pequeños dominios, aunque el atractivo del ejemplo unificador de Jasón no pasó inadvertido a sus vecinos los macedonios. Sin duda la tarea de aunar a los griegos y acometer la conquista de Asia estaba reservada a otro.

Tampoco el reino de Macedonia era un estado unitario. La casa de los Argeadas no siempre había manteni-

do su autoridad sobre las comarcas y los dinastas repartidos por un territorio que comprendía desde el norte de Tesalia hasta el río Estrimón, y las frecuentes disputas familiares por la sucesión en nada había favorecido la cohesión del reino, que incluso sufrió algunas invasiones y fue parcialmente sometido por pueblos vecinos. Cuando finalmente hubo un individuo que conoció el éxito a la hora de imponer una sólida estructura central al estado macedonio, se encontró recompensado con la adquisición de una situación preeminente en el mundo egeo.

La victoria de Filipo no fue solamente militar, política y diplomática, sino también administrativa y económica. Macedonia contaba con una población dispersa, disponía de abundantes tierras de labor y de pastos, de frondosos bosques, de importantes yacimientos mineros —que proporcionaron el metal para acuñar una excelente moneda—, de puertos adecuados para facilitar el tráfico con el norte del Egeo e incrementar los ingresos del estado. Pero Filipo supo movilizar los recursos humanos y materiales del reino y de aquellas regiones que fue conquistando, se valió de la ayuda de un buen número de técnicos griegos de primer orden y acabó imponiendo su pujante hegemonía, que tuvo en casi todos los lugares de Grecia decididos partidarios, a una Hélade dividida y vacilante en sus principios sociales, políticos y morales.

El testimonio vivo de Demóstenes y de Esquines, dos de los principales protagonistas de la escena pública, ilustra con infinidad de matices las etapas de la ascensión y triunfo de Filipo II de Macedonia. Frente a la justa admiración que desde antiguo ha despertado la figura de su hijo, Alejandro Magno, ya no cabe hoy en día ignorar que Filipo rayó a tan extraordinaria altura y desplegó tan especial talento que sólo gracias a su visión de gobierno, a su competencia militar y a la capacidad diplomática pudo Alejandro abandonar el estrecho marco del reino de Macedonia y edificar el gran imperio griego cuyo espíritu pervivió durante toda la Antigüedad.

La palestra de Olimpia.





I. Macedonia bajo Filipo II

1. El reino de Macedonia antes de Filipo II

Dentro del mundo griego Macedonia formaba una comunidad situada en el extremo norte de la península, contigua a los tesalios y al pueblo bárbaro de los ilirios; debido a su aislamiento había conservado numerosos rasgos propios del arcaismo helénico, aunque paulatinamente estrechó sus relaciones con los grandes centros del poder y la cultura en Grecia. El primitivo solar macedónico lo constituía la franja que separa el curso superior de los ríos Haliacmón y Axio, es decir, las comarcas de la Lincéstida, la Oréstida y la Elimea. La expansión de los macedonios hacia el sur y hacia el este en busca del mar se produjo a finales del siglo VIII a.C. o comienzos del VII, coincidiendo con movimientos de población que afectaron a todo el ámbito septentrional de los Balcanes (empuje de los ilirios desde el oeste y de los cimerios contra los tracios desde el este). Invadieron primero la Almopea y la Eordea, además del país de los boteos, que ocupaban la plana de Ematia, y aquí establecieron sus capitales de Egas —perdió esa condición a últimos del siglo V— y Pela. Luego se instalaron en Pieria, adquiriendo así una salida al mar a ambos lados de las ciudades de Metona y Pidna. Por el norte cruzaron el río Axio para adueñarse de Migdonia; bajo su dominio cayeron asimismo los crestonios, los bisaltos y la ciudad de Antemonte.

De esta manera, antes de que los persas pasaran a Europa (finales del siglo VI) Macedonia disponía de un territorio que casi duplicaba el de Tesalia (unos treinta mil kilómetros cuadrados frente a quince mil) para un conjunto de población no demasiado alto; aunque los habitantes de las regiones conquistadas no fueron desalojados de sus hogares, el núcleo formado por los invasores era bastante pequeño (se trataba sólo de unas cuantas estirpes ilirio-epirotas). El emplazamiento estratégico de Macedonia respecto al norte del Egeo, pues controlaba los caminos que conducían desde el oeste y el sur hacia la Calcídica, la costa de Tracia, el Quersoneso y el Bósforo, junto a sus formidables recursos forestales, agrícolas y mineros, explica que desde el siglo V fuera vital para los intereses de Atenas, y por consiguiente a Esparta le tocaba impedirlo, hacerse con la amistad de los monarcas macedonios.

Históricamente la casa real de Macedonia había sido reconocida por los griegos como una parte de la familia helénica —los Argeadas pretendían tener su origen en los Teménidas

de Argos y descender de Heracles—, por lo que les fue concedida autorización para participar en los Juegos Olímpicos, de los que se excluía a los bárbaros, en época de Alejandro I (probablemente en la Olimpiada del año 476 a.C.). Ello no constituyó, desde luego, un acierto; los helanodicas, magistrados de Olimpia encargados de juzgar las incidencias relativas a los Juegos, habían puesto en duda que debiera admitirse al rey de Macedonia. Fue entonces cuando Alejandro I creó la falsa historia sobre el origen teménida de sus antepasados, para lo cual se basó en paralelos extraídos del material onomástico, pues tanto Témeno de Argos como el primitivo rey Perdicas I de Macedonia tuvieron un hijo del mismo nombre, Argeo. Alejandro apeló además a esa ascendencia argiva porque en aquel momento Argos era su aliada natural y había ganado bastante influencia en Olimpia; como los argivos no mostraron reparos a la genealogía ficticia, que los convertía en progenitores de los reyes macedonios, pese a las protestas de los helanodicas hubo que aceptar la participación de Alejandro I en Olimpia.

Sin embargo, el conjunto del pueblo macedonio era considerado por los helenos como no griego, y con bastante razón, pues la realidad fue que en los diferentes territorios ocupados por Macedonia en la época clásica existían restos étnicos de varias proveniencias. El grupo más antiguo estaba formado por las poblaciones del tronco tracofrigio, como eran los migdonios, emparentados con los frigios; a su vez los crestonios y los bisaltos, así como los habitantes de Pieria, pertenecían a la familia de los tracios. También en las tierras del primitivo solar, entre el Haliacmón y el Axio, habían perdurado comunidades aisladas de sangre tracofrigia. Y todos ellos habían sido sometidos por una población no estrictamente griega: los macedonios, comunidad formada por la fusión de diferentes estirpes de origen ilirio-epirota con otras ramas de raíz tracofrigia; sólo por su sangre epirota, originaria de la Tesprótida, se acercaban los macedonios a la condición de griegos.

Así pues, Macedonia constituyó desde el final de la época arcaica una unidad política, pero no étnica; al igual que entre los dinastas y la nobleza se aglutinaron estirpes de diversa procedencia, también las poblaciones sometidas estaban muy mezcladas. El nombre de *macedones,* que significa «montañeses» o «serranos», fue el término aplicado a los primeros linajes ilirio-epirotas que invadieron Pieria hacia el 700; sólo después del proceso durante el que incorporaron a su dominio otros territorios se desarrolló el antiguo calificativo de montañeses como denominación propia: macedonios y su derivado Macedonia fue el nombre que recibió todo el país e incluía a los antiguos conquistadores y a los nuevos habitantes. No hay huellas de que en Macedonia hubiera ningún tipo de organización gentilicia ni de que la población más antigua fuera reducida a una posición jurídica claramente inferior o servil.

La lengua macedonia fue un dialecto mixto, en el que se aprecian elementos aportados por cada uno de los grupos que componían la población. El material lingüístico que conocemos es escaso; no hay ningún texto continuo —los macedonios no escribieron, al parecer, en su lengua—, sino sólo voces aisladas, conservadas por los lexicógrafos alejandrinos, y series onomásticas (nombres de personas, de lugares, de meses y de fiestas). Su estudio nos descubre una lengua cotidiana formada por extranjerismos y préstamos griegos, por vocablos que apuntan a antiguas relaciones con el griego, por elementos indoeuropeos cercanos al ilirio y al tracio, y por términos que parecen no indoeuropeos; de ello cabría concluir,

aun con algunas reservas, que entre los estratos lingüísticos más profundos se encontrarían el ilirio, el tracio, una lengua no indoeuropea e incluso un dialecto griego (que estaría emparentado con el tesalio). El macedonio fue sin duda un dialecto que bastaba para las necesidades diarias y distinguía claramente a sus hablantes de sus vecinos ilirios y tracios, así como de los griegos. Esta fue una razón principal, según sabemos, por la que se discutía el helenismo de los macedonios. Pero como al mismo tiempo Macedonia experimentó un proceso de influencia cultural y lingüística griega —probablemente a partir del siglo VII comenzó ya a irradiar una cierta helenización desde las colonias Calcídica y más tarde desde Metona—, que afectó sobre todo a las capas altas, la corte macedonia y los nobles siempre utilizaron como segundo idioma, propio para las relaciones políticas, el griego.

Los orígenes de la dinastía macedonia

Los datos transmitidos por las fuentes griegas acerca de las raíces del principado de Macedonia contienen sin duda un fondo histórico, aunque las figuras de los distintos soberanos aparecen absolutamente desvirtuadas por las narraciones de una pseudohistórica llegada de los fundadores desde una importante ciudad de Grecia. Así como los príncipes molosos recurrieron al tronco de los Eácidas, los ilirios al de Cadmo o los lincestas al de los Baquíadas de Corinto, la casa de Macedonia había favorecido la idea de que su árbol brotaba de la ciudad de Argos. Tres legendarios hermanos argivos, Gavanes, Éropo y Perdicas, familiares de Témeno, habrían huido de su patria; llegaron primero a Iliria y desde allí se internaron hacia la alta Macedonia, hallando acomodo en casa del monarca de la ciudad de Lebea. Expulsados más tarde de este refugio, se hicieron fuertes en otra comarca y lograron después conquistar el resto de Macedonia. De este Perdicas I se hacía descender a Argeo, Filipo I, Éropo II y Alcetas, padre de Amintas I (540?-498?) primer rey de Macedonia que ofrece rasgos definidos de personaje histórico.

Gracias al penetrante estudio realizado por Klaus Rosen ha quedado patente, como antes señalamos, que Alejandro I modeló el relato sobre el origen griego de sus antepasados movido por intereses políticos; pero del análisis lingüístico de los nombres de los primeros monarcas se desprende que los invasores de Macedonia provenían de varias estirpes ilirio-epirotas domiciliadas en Épiro, concretamente en la región Tesprótida, aunque también se reconoce la existencia de una rama tracófrigia. Lo más probable es que después de tomar Pieria los conquistadores epirotas cerraran matrimonios con la aristocracia local, de donde pudo surgir la definitiva dinastía macedonia con nuevas raíces tracias. En cualquier caso parece seguro que los linajes fundadores del reino de Macedonia se integraron rápidamente con esta antigua población tracofrigia, sin que pueda concederse crédito a los historiadores griegos (Hecateo, Helánico, Heródoto, Tucídides) cuando afirman que los primeros pobladores del territorio fueron expulsados o exterminados. Una ciudad como Vergina (Egas) ofrece aspecto de haberse entregado y no haber sufrido daño alguno; arqueológicamente se aprecia en los yacimientos que no hay rupturas, sino una clara continuidad entre el siglo VIII y los dos siguientes.

La primitiva regencia macedonia estaba, por su origen y su carácter, muy cerca de las dinastías locales a las que sustituía. Ciertamente había logrado extender su dominio algo más allá del Haliacmón y del Axio

hasta alcanzar el mar, pero la organización del reino no estuvo excesivamente centralizada: el soberano macedonio mandaba el ejército y se adornaba con el título de rey, pero subsistieron principados locales gobernados por grandes señores que se declaraban aliados y vasallos del rey, aunque ejercían una monarquía personal sobre los pueblos de su territorio (tal era el caso de los principados de la Lincéstida y la Elimea). Ello dio siempre lugar, en períodos de lucha por la sucesión al trono, a la división interna de los señoríos macedonios en favor de uno u otro candidato, y fue necesaria la fuerte autoridad de monarcas como Filipo II o Alejandro III para asegurar la obediencia de todas las comarcas.

El nombre de Argeadas, con el que suele conocerse a la casa real de Macedonia, tampoco es histórico; no aparece nunca atestiguado en los primeros tiempos de la dinastía y ni siquiera lo hallamos en el siglo IV ni en la historiografía de Alejandro Magno. Se trata sin duda de una creación no muy afortunada de época helenística, puesto que el título de Argeadas viene a entroncar a la casa macedonia con la ciudad de Argos y no con un epónimo Argeo —el sucesor de Perdicas I— como cabría esperar. En época primitiva pudieron quizá recibir una denominación nacional propia; pero desde que los argumentos ficticios de Alejandro I convencieron a los griegos (por tanto desde mediados del siglo V) la autotitulación solemne de la monarquía macedonia fue la de casa de los Heráclidas —Témeno de Argos descendía del héroe Heracles, según la tradición—, y una imagen de Heracles abría la galería de los antepasados colocada en Delfos por los reyes de Macedonia.

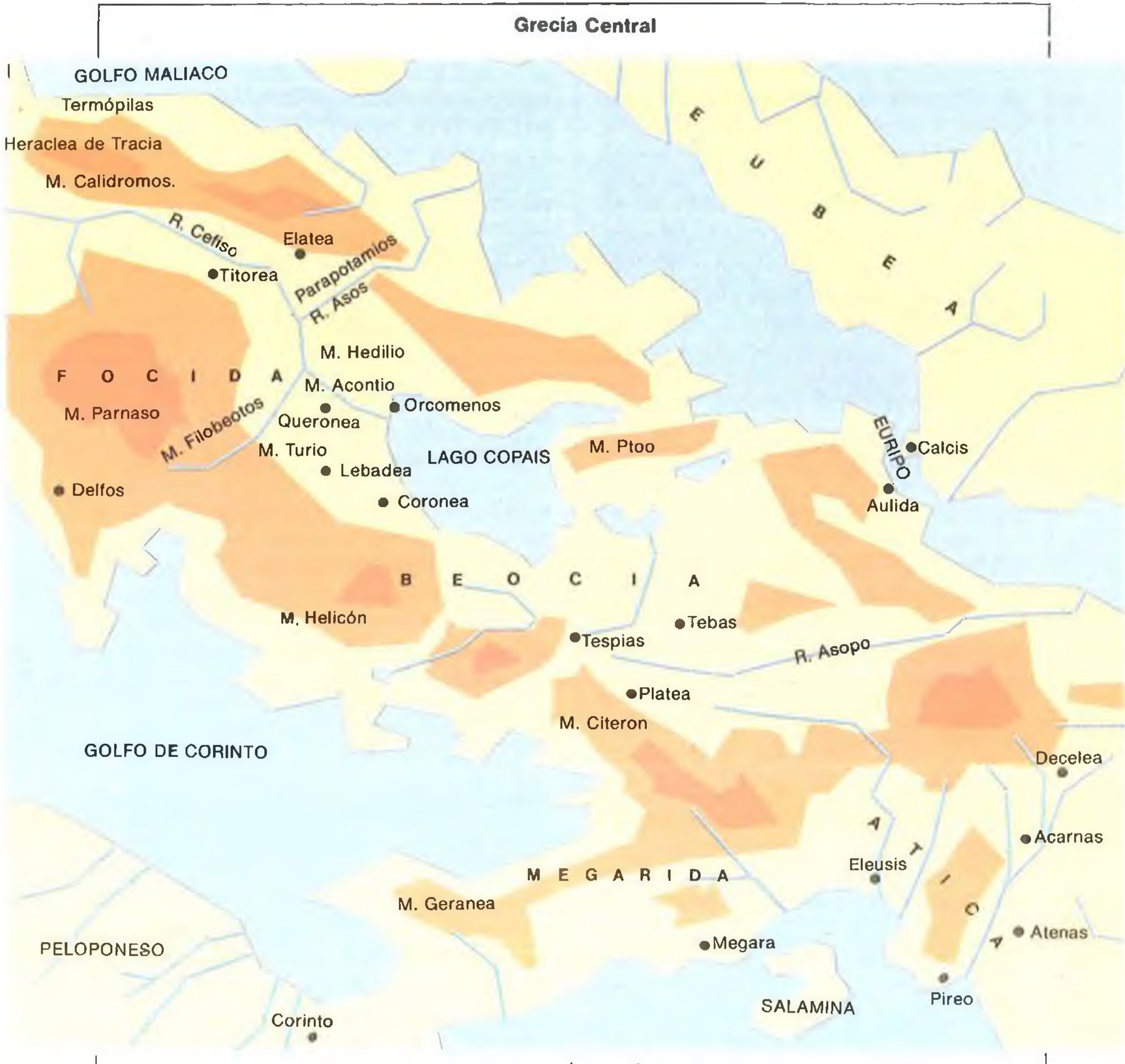
El reinado de Amintas I (540?-498?) señala el final de la expansión territorial y pone término al período arcaico de la dinastía macedonia. Todo cuanto sabemos de este monarca viene directamente referido a los contactos que otros estados mantuvieron con Macedonia. Amintas I tuvo amistad con los tiranos de Atenas: permitió a Pisístrato instalarse a orillas del golfo Termaico durante su segundo exilio, y cuando Hipias tuvo que abandonar Atenas en el 511/10 le ofreció como residencia la ciudad de Antemonte. Por estas fechas Amintas reconoció la autoridad de Persia sobre Macedonia, se declaró súbdito del Gran Rey y completó el vasallaje con la entrega en matrimonio de su hija a un alto dignatario persa.

Macedonia durante el siglo V

Con el hijo y heredero de Amintas, Alejandro I (498?-mitad del s. V), Macedonia inició verdaderamente su historia dentro del concierto de los estados griegos, y a ello estuvo forzada por la invasión de los persas al continente. Tras la derrota final de los medos Alejandro salvó su delicada posición: había tomado parte, junto con los tracios y los peonios, en la expedición de Jerjes y estuvo presente en la batalla de Platea, mas parece que supo trabajar desde las filas enemigas por la causa helénica, lo que le valió en particular el agradecimiento de los atenienses.

En los años siguientes a la segunda Guerra Médica, mientras Atenas consolidaba la Liga marítima ático-délica, Alejandro se dedicó eficazmente a recuperar los territorios del norte de la Calcídica que se perdieron a raíz de la llegada de los persas. Volvió a someter a los migdonios, los crestonios y los bisaltos, y extendió así la frontera oriental de Macedonia hasta el río Estrimón; consumó la ocupación de Pieria, que nunca había sido completamente conquistada por sus antepasados, mediante la toma de la ciudad de Pidna, cómodo puerto del golfo Termaico que facilitaba las relaciones

Grecia Central



comerciales del reino con el resto del Egeo. Los dinastas de las comarcas vecinas de Iliria (Lincéstida, Oréstida, Elimea) tuvieron que seguir acatando, como en los siglos anteriores, la autoridad del soberano macedonio.

Al entrar en posesión del monte Disoro, situado al norte de Bisaltia dominando el Estrimón, Alejandro adquirió los yacimientos argentíferos de aquel distrito que, según noticias antiguas, rendían un talento diario; gracias a tales recursos pudo iniciarse en los talleres de Egas y Pidna la acuñación de nuevas monedas de plata macedonias, que reemplazaron a las antiguas emisiones, patrocinadas por varios dinastas locales, anteriores al 480. La unificación monetaria afirmó la soberanía de la casa real Heráclida sobre todo el reino de Macedonia; la fábrica de Pidna asumió especial relevancia, pues la ciudad era el centro comercial marítimo que canalizaba las relaciones con el Egeo.

Ya hemos visto cómo Alejandro I logró por estas mismas fechas (probablemente en el 476) su admisión en

los Juegos Olímpicos y prestó un falso soporte helénico a la tradición genealógica de los reyes de Macedonia. Sin duda este monarca se esforzó grandemente en favorecer la imagen de su vinculación a la cultura griega: levantó estatuas en Olimpia y Delfos, recibió en su corte a Helánico y Heródoto, tuvo amistad con el poeta Píndaro, acogió en su territorio a algunas poblaciones griegas desposeídas. El sobrenombre de Filheleno, con que se designó a Alejandro en época tardía, recuerda no sólo su ayuda a la causa griega durante las Guerras Médicas, sino también su constante intervención en los asuntos políticos de la Hélade. Las relaciones de Alejandro con los atenienses se enfriaron a raíz de la expansión de aquéllos en el sur de Tracia (instalación en Eneahodos, fundación de la colonia de Drabesco) y de la defección de Tasos de la Liga marítima, aunque hacia el final de su reinado se asoció con Atenas para explotar conjuntamente las minas de plata de Disoro.

Entre 454 y 450 desaparece Alejandro, a quien sucede su hijo Perdicas II. El reino de este monarca estuvo jalonado por una serie continua de conflictos derivados de la posición política de Macedonia durante la segunda mitad del siglo V. Ya antes de la Guerra del Peloponeso tuvo que hacer frente a los problemas internos surgidos por la partición del reino: Alejandro había resuelto no trasmitir todas las posesiones territoriales al heredero, por lo que cedió algunos dominios en Macedonia a otros dos hijos, Alcetas y Filipo; pero Perdicas trató inmediatamente de volver a unificar todo el reino. Si Alcetas no constituyó obstáculo serio y perdió pronto su parte, Filipo representó en cambio un peligro grave. Sus tierras estaban situadas en el curso inferior del río Axio, cerca de Tracia, de la Calcídica y de varias ciudades aliadas de Atenas, y de todos estos vecinos obtuvo Filipo auxilio en distintas ocasiones para frustrar las pretensiones de su hermano; incluso algunos dinastas macedonios vasallos de Perdicas, el soberano legítimo, se pusieron del lado de Filipo: los príncipes de Elimea y de la Lincéstida le suministraron tropas auxiliares durante su conflicto con Perdicas.

La política con respecto a Atenas se mantuvo durante estos años estable: mientras los atenienses crean en el 446/45 el distrito tributario de Tracia, fundan la colonia de Brea en territorio bisaltio y en el 437/36 se instalan en Amfípolis —la ciudad que impide la expansión macedonia hacia el este y cuyo papel será en el futuro muy destacado—, Perdicas II evita la ruptura de la paz pero trabaja a favor de sus intereses. A partir del año 432 combatirá abiertamente a los atenienses en Calcídica y Potidea y logrará además detener una invasión de los tracios; luego, desde que estalla la Guerra del Peloponeso, el rey de Macedonia mantiene constantemente un doble juego por el que tan pronto se inclina a establecer pactos con la Liga marítima ático-délica como a entrar en alianza con Esparta. A menudo Perdicas incumplió sus obligaciones federales hacia uno u otro bando y permaneció en un ambiguo compás de espera, repleto de cautelas, antes de comprometer sus fuerzas en las operaciones de guerra. Lo cierto es que el monarca macedonio superó la prueba de mantener la independencia del reino frente a numerosas amenazas bárbaras y griegas. Cuando murió en el año 414/13 había logrado, por la vía mixta de la diplomacia, la política y la guerra, ver reducida la influencia ateniense en el sur de Tracia y en a Calcídica (como resultado de la Paz de Nicias), pero también conjurar las apetencias de Esparta por asegurarse bases en los territorios del norte; en el oeste del reino detuvo la invasión iliria y la separación de la Lincéstida.

La llegada de Arquelao (413-399) al

trono de Macedonia estuvo acompañada de algunos episodios sangrientos —eliminación de tres candidatos legales a la corona— que despejaron el camino a este hijo de Perdicas II y de una esclava. Arquelao fue el monarca macedonio que más hizo, hasta la regencia de Filipo, por modernizar el país y legarle una posición de prestigio frente a los estados griegos. Estableció buenas relaciones con Atenas, ciudad a la que durante la última fase de la Guerra del Peloponeso facilitó abundante material para equipar una flota; esta cooperación le valió no sólo el que la Asamblea ateniense decretase que debía concederle un elogio público, sino asimismo la ayuda de las tropas atenienses en el asedio de Pidna (ciudad que Arquelao acabó conquistando, incorporándola al reino macedonio por casi medio siglo).

Mediante la política de entregar en matrimonio a sus hijas pudo contener la hostilidad de los dinastas de la Alta Macedonia, príncipes vasallos de la Elimea y la Lincéstida, sobre los que mantuvo su hegemonía. En las postrimerías de su reinado llegó también a intervenir en los asuntos de Tesalia, en donde ocupó la ciudad de Larisa para prestar auxilio a la oligarquía antiespartana. Por primera vez un soberano de Macedonia se arrojaba directamente, como luego hizo Filipo, a participar en las querellas internas de un importante estado griego: no hay que olvidar que antes del 401 sólo Atenas y Esparta habían entrado en armas dentro de Tesalia.

Pero la principal contribución de Arquelao para consolidar la fortaleza del reino descansa sin duda en las reformas militares y administrativas, en la apertura de la corte a todas las novedades procedentes de Grecia. De hecho el monarca se ocupó de que fueran construidas fortalezas para prevenir las invasiones, trazó nuevas rutas que comunicaran el centro con la periferia del reino y equipó largamente al ejército con caballos, armas y otros medios de lucha. Si Alejandro I fue probablemente el creador de la famosa caballería macedonia conocida con el nombre de los *hetairoi* («compañeros» o «amigos», pertenecían a la nobleza propietaria), para cuya constitución aprovechó la riqueza en rebaños y el dinero de las minas de Disoro, Arquelao mejoró el potencial de la milicia con la reorganización de la infantería: dotó a los campesinos, que antes servían en masa, con la armadura del hoplita, transformándolos así en combatientes singulares que estaban agrupados en decurias y centurias; su denominación natural de infantes (*pezoi*) se asimiló a la de los jinetes mediante el apelativo de *pezetairoi* («camaradas de la infantería», que pronto se usó para significar a la guardia personal y a los compañeros del rey).

Pero esta reforma militar poseía también un carácter social. La nobleza retenía desde antiguo la verdadera fuerza militar de Macedonia, pues su pericia en las artes ecuestres hizo imprescindible que asumieran la parte esencial del ejército, la caballería. Con la reorganización de Arquelao también la propia población rural adquiría mayor entidad dentro del estado: podían participar desde ahora en la llamada Asamblea militar o Asamblea de los macedonios, a la que tradicionalmente se convocaba para reconocer por aclamación al heredero convertido en nuevo soberano y para proceder en juicio contra los acusados de traición. La suma de los *pezetairoi* a la nobleza ecuestre disminuía, en favor del monarca y del pueblo, el peso de las intrigas palaciegas.

En su vertiente administrativa las reformas de Arquelao se encaminaron, parece ser, a la división de la baja Macedonia en cierto número de circunscripciones urbanas, a efectos no sólo de censar a la población sino también de crear centros fijos de reclutamiento; estos distritos pervivieron hasta el final de la historia de

Macedonia. La apertura de carreteras tuvo tanto un objetivo militar como económico, pues mejoró el funcionamiento del gobierno interior y los intercambios mercantiles. Arquelao estimuló la agricultura —Macedonia poseía una mayor dedicación a la ganadería—, facilitó el comercio con los estados vecinos y, como escribe Tucídides, perfeccionó todos los cometidos de la administración macedonia. Su política monetaria se orientó a restringir al máximo la circulación de las amonedaciones locales e impuso el patrón fenicio para las acuñaciones reales, lo que supuso abandonar el patrón persa que habían adoptado sus predecesores.

Entre sus medidas se cuenta asimismo la transferencia de la capitalidad del reino de Egas a Pela. Egas se alzaba en un paraje montañoso y rico en agua; contenía la residencia señorial de los Argeadas así como el cementerio real de la dinastía, puesto que allí se habían instalado las sepulturas de todos los monarcas macedonios. En el futuro nunca perdió su carácter de cabeza religiosa del reino y lugar de enterramiento de los soberanos (allí se inhumo a Filipo II, como sabemos por el reciente descubrimiento de su tumba, y hasta Egas pretendió uno de sus sucesores trasladar los restos de Alejandro Magno). Arquelao privó a Egas también del derecho a acuñar moneda.

Desde luego Pela ofrecía numerosas ventajas como capital: una posición más accesible que Egas y un territorio que estaba muy cercano al Egeo y bien comunicado con los principales centros del tráfico marítimo; sin duda permitía dirigir mejor la actividad económica, militar y administrativa de la baja Macedonia; no era extraño que Arquelao levantase su corte en este nuevo enclave. Pela adquirió enseguida especial importancia en el nacimiento de actividades intelectuales y artísticas en Macedonia; gracias al mecenazgo del monarca la corte y el entorno aristocrático gozaron de la presencia de no-



Vista del gimnasio de la antigua Olimpia.



tables artistas y pensadores griegos.

Arquelao encargó la ejecución de los frescos del nuevo palacio al pintor Zeuxis, para lo que invirtió grandes sumas. En la corte residieron como huéspedes de honor Timoteo de Mileto, que inició la reforma de la música en Grecia, el poeta épico Quérilo de Samos, autor de unas *Persica* o *Perseida* en la tradición homerizante, y el joven trágico Agatón de Atenas (que murió en Pela). También Eurípides pasó junto a Arquelao los últimos años de su vida y en Pela compueso, probablemente, su *Ifigenia en Áulide*, pero con seguridad otras dos piezas de inspiración macedónica en que incorporaba elementos religiosos y culturales locales: las *Bacantes* y el *Arquelao*, un drama del que nada se conserva en el que evocaba la historia legendaria del fundador del reino macedonio. No obstante el interés que, al parecer, mostró Arquelao para atraer a Sócrates, el filósofo nunca llegó a visitar Macedonia.

Fuera de la corte, en la ciudad de Dión —situada a faldas del Olimpo en la llanura de Pieria, comarca venerada como morada de las Musas— se organizaron unos festivales que contaban con concursos musicales, escénicos y gimnásticos. La figura de Arquelao ofrece, por consiguiente, los perfiles de un monarca inteligente e ilustrado que logró modernizar y simplificar la administración, reforzar los dispositivos militares, mejorar los medios de comunicación, sanear la economía monetaria y multiplicar los más fecundos contactos con la cultura griega. Su obra preludia, por muchos conceptos, la tarea posterior de Filipo II.

Macedonia en la primera mitad del siglo IV (399-359)

Después de la muerte de Arquelao —asesinado en una cacería— el reino macedonio se vio durante cuarenta años reducido a la condición de un estado débil, atenazado por las amenazas de varios países extranjeros (espartanos, atenienses, tebanos, calcidios, ilirios), que sufre las consecuencias de los conflictos dinásticos y del debilitamiento de la autoridad central. A lo largo de un septenio se escalonan cuatro regentes y todos ellos perecen de forma violenta: Orestes, joven heredero de Arquelao, es reemplazado por su tutor Éropo III, a quien sigue Amintas II *Micros* (El Menor o el Breve); muerto por obra de un príncipe vasallo de la Lincéstida, Derdas II, fue sucedido por Pausanias.

La eliminación de Pausanias al poco tiempo de llegar al trono, a manos de Amintas III (393/92-370/69), puso fin a esta etapa de violencia y desintegración. Sin embargo la situación legada al nuevo monarca contemplaba una Macedonia en condiciones deplorables, como se manifestó desde los primeros días del reinado. Los ilirios, conducidos por su jefe Bardilis, invadieron la alta Macedonia; Amintas tuvo que refugiarse en Tesalia, evacuada por los macedonios en tiempos de Éropo III, pero antes llegó a establecer un tratado con los olintios —formalmente una alianza defensiva— y les cedió una franja del territorio vecino a la Calcídica. El pacto con Olinto contenía también ciertas cláusulas de orden económico por las que el rey entregaba a la liga calcidia los derechos de exportación de las maderas de toda clase (particularmente la destinada a la construcción naval) y la pez producidas en Macedonia; el tránsito de las restantes mercancías quedaba sujeto al pago de derechos de aduana. Este acuerdo es buena muestra de los apuros que acosaban al estado.

Algún tiempo después Amintas III acertó, con ayuda de los tesalios, a expulsar de las comarcas occidentales a los ilirios y obtuvo la paz con ellos a cambio, según parece, de entregar

anualmente un tributo a Bardilis; además consiguió restablecer, gracias al matrimonio con una princesa de la Elimea, su soberanía sobre la alta Macedonia. Sin embargo los problemas fueron mayores cuando reclamó a los olintios la restitución de la parte oriental del reino; aunque no disponemos de informaciones bastante exactas, sabemos que entre Amintas III y la liga calcidia hubo agrias hostilidades, que se mantuvieron hasta el 379. En principio Olinto y los calcidios ocuparon Migdonia y la baja Macedonia, llegando incluso a apoderarse de Pela, la capital; durante dos años —probablemente de 387 a 385— Amintas careció de autoridad y en su lugar reinó Argeo, un candidato al trono protegido por los olintios.

Amintas recuperó la corona, pero en el año 382, después de luchar tan aisladamente contra los calcidios, había perdido casi todas las ciudades orientales. Para su fortuna Esparta, erigida en garante de la autonomía de los griegos por la Paz del Rey (386), tomó la decisión de intervenir en la Calcídica para asegurar la independencia de Acanto y Apolonia frente a las amenazas de Olinto y sus aliados. Los lacedemonios enviaron una expedición de la liga peloponesia (aunque obligaron a participar también a los beocios) contra los olintios y a ella se unieron las tropas de Amintas, reforzadas por la presencia de la caballería de su vasallo Derdas de Elimea. Las operaciones ante Olinto duraron tres años; la ciudad capituló en el 379 y Macedonia quedó liberada del dominio de los calcidios.

A partir de entonces Macedonia conoció un nuevo auge. Separado de toda ulterior colaboración con Esparta, cuya hegemonía era abiertamente combatida por la mayoría de los griegos, Amintas concertó un tratado de alianza con los atenienses que le permitía beneficiarse de la protección de la segunda liga marítima frente a eventuales enemigos; a cambio Atenas no sólo contabilizaba un importante aliado en el norte, sino que además recuperó ciertas ventajas económicas y navales (explotación de la madera) en Macedonia. La amistad sellada con los atenienses perduró hasta la muerte del monarca, y un año antes Amintas había renunciado incluso a cualquier derecho sobre la antigua posesió ateniense de Amfípolis (Congreso de Esparta del 371).

En sus relaciones con los grandes estados griegos Amintas III evitó que surgieran nuevos conflictos; no intervino en la política interna de las ciudades tesalias para no enfrentarse con el tirano Jasón de Feras, con el que estableció un tratado de alianza. No pretendió aprovechar el resultado de la batalla de Leuctra, como hiciera Jasón, pero su antigua ruptura con Esparta favoreció el acercamiento entre Macedonia y la floreciente confederación de Tebas. Amintas murió dejando tres hijos legítimos, habidos de la reina Eurídice: Alejandro, Perdicas y Filipo; todos ellos estaban destinados a ceñir la corona.

La sucesión en el trono correspondió al mayor de sus hijos, Alejandro II (370/69-368). Numerosas familias de la aristocracia tesalia, expulsadas de sus dominios por los tiranos de Feras, habían encontrado refugio en Macedonia; Alejandro fue persuadido para emprender la guerra contra el país vecino y ocupó las ciudades de Larisa y Cranón, que luego se negó a devolver a sus aliados tesalios, los Alévadas de Larisa y los Escópadas de Cranón. Estos pidieron la ayuda de Tebas: Pelópidas penetró en Tesalia con un fuerte ejército y liberó Larisa; llegó a Macedonia, en donde trató de afirmar la soberanía de Alejandro frente a quienes le disputaban el trono, pero a la marcha de Pelópidas el monarca cayó asesinado.

Durante tres años (368-365) la reina Eurídice descargó la regencia en manos de su yerno, Ptolomeo de Aloro. Pero muy pronto surgió un candi-

dato al trono, un pariente lejano de la casa real llamado Pausanias que disponía de partidarios en el interior de Macedonia y había encontrado apoyo entre los olintios; por medio de Ifícrates, que atendía a un ruego de la reina Eurídice, los atenienses contribuyeron a expulsar a este pretendiente. La influencia de Atenas en Macedonia podría haber crecido de no ser por la decisión de los amigos de Amintas y Alejandro, que advirtieron a Pelópidas. El gran general beocio impuso a Ptolomeo el reconocimiento de los derechos al trono de Perdicas y Filipo —juró, como tutor, defenderlos— y obedecer políticamente a Tebas; Pelópidas tomó en garantía cincuenta rehenes distinguidos, entre los que figuraban Filóxeno (hermano de Ptolomeo) y el joven príncipe Filipo, no mayor de quince años. El futuro Filipo II tuvo de este modo la oportunidad de residir en Tebas de Beocia casi hasta los 18 años: allí entró en contacto directo con la cultura y la política de una ciudad griega de relieve, cabeza de la confederación beocia, y pudo convivir con dos excepcionales tácticos militares como fueron Pelópidas y Epaminondas.

Al alcanzar los veinte años Perdicas, segundo hijo de Amintas III, se deshizo de Ptolomeo y recuperó el poder. El reino de Perdicas III se distingue por la intensa actividad desplegada en todos los ámbitos de gobierno: como aliada de Tebas, Macedonia tuvo en principio que soportar la hostilidad de Atenas y perdió dos importantes plazas marítimas, Pidna y Metona (en el 364; ambas entraron en la segunda liga ateniense), pero un año más tarde no dudará en unirse a los atenienses para combatir a un adversario común, la ciudad de Olinto. Fue una colaboración breve, puesto que desde el 362 encontramos a las tropas macedonias defendiendo Anfípolis frente a los ataques de una expedición llegada de Atenas.

Ello no fue obstáculo para que Perdicas mostrara siempre interés en hacerse con los servicios de consejeros griegos. Eufreo de Oreo, un discípulo de Platón, gozó en la corte de Pela de tal predicamento que un historiador griego retrata al monarca macedonio más afecto a la filosofía y a la geometría que a los negocios de estado. Calístrato, un célebre estadista ateniense refugiado en Macedonia para eludir la pena de muerte dictada contra él por su patria, se hizo cargo de la hacienda real y reorganizó las tasas tan acertadamente que en algunos casos, como el de arrendamiento de la percepción de los derechos de aduana portuarios, logró duplicar los ingresos. También Filipo II aprovechó durante su reinado de la sabiduría financiera de Calístrato.

Para terminar con la inseguridad de las fronteras occidentales de Macedonia Perdicas III planeó, hacia 360, una importante campaña contra los ilirios; ocupó primero la Lincéstida y destronó a su vasallo Menelao, pero la invasión de Iliria culminó con una derrota absoluta: el rey y cuatro mil de sus hombres perdieron la vida (359). Lo que pudo haber constituido un fortalecimiento del reino de Macedonia nuevamente se mudaba en confusión, desórdenes internos y amenazas exteriores. En este punto tocó a Filipo, el hijo menor de Amintas III, reemplazar a su hermano e intentar el mantenimiento de la dinastía.

2. Macedonia en época de Filipo II

El reino a la llegada de Filipo

A la muerte de su hermano Perdicas en la expedición contra los ilirios Filipo II (359-336) contaba unos 23 años de edad. Ya antes recordamos cómo durante la regencia de Eurídice y Ptolomeo el joven príncipe estuvo obligado a residir en Tebas, en calidad de rehén, y desde antiguo se ha

pensado que aquella estancia debió de contribuir en cierta medida a su formación, particularmente desde el punto de vista militar. Los éxitos del ejército confederal beocio, sus novedades tácticas, la brillantez de las operaciones ejecutadas por Pelópidas y Epaminondas, su arrojo en el mando, fueron sin duda objeto de comentario y asombro entre los jóvenes tebanos con quienes se educó Filipo: no podía encontrar en aquella época mejor escuela, dentro de Grecia, para despertar sus dotes como estratega. Hacia el 365, con 18 años, regresó a Macedonia y Perdicas le encomendó el gobierno de un territorio, por lo que pudo familiarizarse con las tareas de la administración y del reclutamiento, así como estar en contacto con la corte de Pela y los consejeros griegos del rey, buenos conocedores de las coaliciones montadas por las potencias del momento.

Como Perdicas tenía un heredero de corta edad, Amintas, legó la corona a su hijo y designó para la regencia a Filipo. En el tiempo que dura su función de regente (359-355?) tuvo que ejecutar una urgente tarea, que le conducirá precisamente a la consolidación de su poder personal: conjurar los peligros que se cernían sobre el reino. Efectivamente, los ilirios habían ocupado la Lincéstida, los peonios se disponían a invadir el norte del país, mientras que los tracios y los tesalios se entregaban a violentas discordias que podían, llegado el caso, repercutir desfavorablemente en la integridad territorial de Macedonia (el príncipe tracio Berisades pretendía ampliar sus dominios cruzando el Estrimón). Además en el interior del país había surgido una pléyade de pretendientes: Argeo, antiguo rival de Amintas III, tenía el apoyo de los atenienses; Pausanias, que fue expulsado de Macedonia por Ifícrates en el 368 y se había refugiado en Migdonia, encontraba eco a sus aspiraciones monárquicas en el tracio Berisades. Por último Arquelao, hijo bastardo de Amintas III, quería imponer su primogenitura frente a los derechos de la rama legítima y el designio era secundado por sus dos hermanos, Arrideo y Menelao.

Por fortuna para Filipo, los conflictos internos de Grecia reforzaban la seguridad del reino. Las ciudades griegas estaban cada vez más fragmentadas y débiles después de treinta años de continuas luchas, lo que había producido un equilibrio forzoso entre Esparta, Atenas y Tebas tras la batalla de Mantinea (362). Ciertamente las tres grandes potencias de Grecia trataban de reparar sus pérdidas, y algunas, como Atenas, efectuaban notables esfuerzos por fortalecer la marina, asegurar las cleruquías y activar las rutas comerciales; en Tesalia los Alévadas de Larisa mantenían la gue-



Cabeza femenina, hallada en la bajada sur de la Acrópolis de Atenas (Mediados del siglo IV a.C.) Museo Nacional de Atenas.



Entrada al estadio de la antigua Olimpia.

rra contra los aristócratas de Feras. Nadie era capaz ahora de amenazar directamente a Macedonia, como había ocurrido en época de Amintas III y de sus dos primeros sucesores.

Mediante dinero y regalos Filipo compró la retirada de los peonios y la amistad del tracio Berisades, que dejó de sostener los planes del pretendiente Pausanias. Acto seguido privó de esperanzas a los restantes aspirantes al trono: Arquelao fue eliminado y sus hermanos huyeron de Macedonia. Argeo recibió ayuda de Atenas —algunos soldados de la guarnición de Metona—, aunque no encontró demasiados partidarios entre los propios macedonios: organizó una marcha contra Egas, pero en la vieja residencia real no obuvo ningún auxilio y optó por regresar a Metona; ya en el camino fue sorprendido por Filipo y obligado a entregarse, luego ajusticiado. Sin embargo el regente no sólo devolvió a los prisioneros atenienses sino que propuso renovar la antigua amistad existente entre los dos estados: a comienzos del 358 concertó un tratado de paz con Atenas en el que no se oponía a los derechos de aquélla sobre Amfípolis, mientras que Atenas se comprometía, a cambio, a devolver Pidna. De este modo consiguió Filipo apaciguar un posible conflicto con los atenienses, nada conveniente entonces para Macedonia.

A continuación, en el verano de ese año, Filipo se apresta a acabar con los peligros externos: invade Peonia, aprovechando la muerte del rey Agis, y coloca el territorio bajo su autoridad. Los ilirios eran dueños de las regiones de la Alta Macedonia ganadas en guerra a Perdicas III; Bardilis, su jefe, había transmitido una oferta de paz a condición de que Filipo renunciara a aquellos territorios. La respuesta del macedonio consistió en asaltar desde Peonia la Lincéstida y derrotar a los ilirios en un enfrentamiento muy comprometido que Filipo planteó, al estilo tebano, con evoluciones de la caballería contra los flancos y dirigiendo personalmente el

batallón de élite. El prestigio de Macedonia quedaba restablecido en esta parte del reino; Bardilis evacuó la comarca Lincéstida y aceptó que la frontera macedonia ascendiese casi hasta las orillas del lago Licnítida (hoy lago de Ocrida).

Como la Elimea respetó siempre la soberanía de los Argeadas, Filipo mantuvo la dinastía e incluso tomó por esposa a una hermana del príncipe elimeo; pero los otros dominios vasallos de los lincestas y los orestas, que habían contemporizado con los ilirios, fueron suprimidos y sus titulares quedaron reducidos a simples miembros de la nobleza. Filipo extendió además su influencia en Tesalia, socorriendo a los Alévadas de Larisa contra los tiranos de Feras, y en el reino de los molosos del Epiro, en donde contrajo matrimonio con Olimpiada, hija del rey Neoptolemo y futura madre de Alejandro Magno; este enlace sirvió al monarca macedonio para ampliar la frontera occidental, anexionándose el territorio epirota de Timfea.

Al año siguiente Filipo lleva a cabo la conquista de las dos plazas griegas ribereñas del Egeo más importantes para los intereses de Macedonia: Anfípolis y Pidna. Antes de establecer el tratado de paz con Atenas (358) Filipo había retirado la guarnición macedonia apostada en Amfípolis como prueba de buena voluntad; ahora, sin embargo, la ciudad importaba para asegurar una salida al Egeo de los recursos de la zona occidental del reino (madera, yacimientos minerales) y disponer de una base desde la que organizar la posible expansión hacia Tracia. Atenas estaba ocupada por los problemas de Eubea y del Quersoneso y preparaba una respuesta a la secesión de sus aliados. Amfípolis fue asediada, mediante el empleo de excelentes máquinas de asalto, y cayó en manos de Macedonia (verano/otoño del 357). No es seguro, como algunos pretenden, que Atenas y Filipo hubieran suscrito un pacto —negociado por un comité de la *Boulé* ateniense convocado en secreto— que comprometía al rey de Macedonia a conquistar Amfípolis y canjearla por Pidna; el pacto no sólo se hallaba en desacuerdo con la legalidad ateniense, sino que además es difícil concebir a Atenas entregando a un miembro de la alianza a la autoridad de un dinasta.

Lo cierto es que Filipo trató a la ciudad con humanidad; los amfipolitanos conservaron una cierta autonomía bajo el control de una guarnición, pero la asamblea fue obligada a decretar el destierro de los grupos más hostiles al macedonio, y probablemente fueron despojados de una parte de las propiedades públicas del territorio. Luego, a finales del 357 o comienzos del 356, dirigió también las armas contra Pidna: los atenienses no pudieron socorrer a su aliado, a causa de la rebelión de las grandes islas, y la ciudad sucumbió ante Filipo; cabe pensar que Pidna gozó asimismo de alguna independencia, administrada por la correspondiente guarnición macedonia, aunque perdiera muchas de sus rentas tradicionales.

Sin haber roto aún abiertamente con los atenienses, en los siguientes meses Filipo avanzó un nuevo paso que habría de proporcionarle un doble beneficio: privar a Atenas de otro asiento estratégico en el norte y ganar para sus fines a la liga de Olinto. Los olintios, que fueron en otro tiempo adversarios de atenienses y espartanos, habían rehecho la confederación calcídica aprovechando la decadencia de la hegemonía espartana; poco después de la rendición de Amfípolis quisieron acercarse a Atenas, pero sus propuestas no fueron escuchadas. Filipo concluyó ahora una alianza con la liga calcidia, comandada por Olinto, en la que acordaba entregarles la región de Antemonte y la ciudad de Potidea, imponiendo a cam-

bio la prohibición de que los olintios trataran separadamente con Atenas. Este tratado recibió la aprobación del santuario de Delfos, cuyo oráculo contestó afirmativamente a la consulta sobre la conveniencia de cimentar amistad y alianza entre macedonios y olintios; ello constituye sin duda una muestra de la atención que ya entonces dedicaba Filipo para que los sacerdotes de Apolo, la autoridad religiosa más venerada en la Hélade, sancionaran con su prestigio las distintas asociaciones políticas que estableció con los griegos.

Como resultado del pacto las tropas macedonias y calcídicas atacaron Potidea y la tomaron en julio del 356. La ciudad fue arrasada y Olinto recibió el territorio; a los clerucos atenienses instalados en Potidea desde el 364 se les permitió regresar a su patria, como si la aguerra hubiera concernido tan sólo a los potideatas. Hacia las mismas fechas el rey de Macedonia ocupó la ciudad de Crenides, que había sido fundada por los habitantes de Tasos para explotar las minas auríferas del monte Pangeo y pertenecía a los tracios; Filipo fortificó la villa y cambió su nombre por el de Filipos, de forma que se borrase la memoria de su origen helénico y brillase únicamente la imagen del soberano macedonio como fundador de ciudades; instaló además en Filipos y su territorio a numerosos colonos procedentes del reino, a quienes en principio concedió autonomía monetaria (les fue retirada doce años más tarde). La presencia exclusiva de macedonios en esta ciudad, bien protegida contra los ataques de los nativos, contribuyó al retroceso de la influencia helénica en Tracia.

Los continuos éxitos de Filipo provocaron por fin la reacción diplomática de Atenas, la cual se reflejó en varios tratados de alianza suscritos con reinos y ciudades vecinas de Macedonia: los príncipes tracios Amádoco, Berisades y Quersebleptes, el rey Cetríporis de Tracia, el caudillo peonio Lipeo, el soberano ilirio Grabo y la ciudad e Neápolis, puerto de la antigua Crenides, aceptaron coaliciones en las que Atenas ofrecía su ejército y declaraba que su misión finalizaría solamente cuando Filipo devolviera las conquistas que había realizado. Pero estas cláusulas quedaron simplemente en buenas intenciones, puesto que Atenas estaba dedicada a la guerra contra los aliados y la situación era tan grave que no podía destinar ningún recurso a otro frente; y así, antes de que lograran efectuar ningún preparativo, Filipo sometió en el este a los tracios de Cetríporis e impuso su dominio a los peonios de Lipeo, mientras que su general Parmenión vencía en la frontera occidental a los ilirios de Grabo.

En forma decidida y sorprendente, como tantas de las acciones que emprendería en el futuro, Filipo había encauzado a su favor los esfuerzos de los adversarios, privando a Atenas de todos sus amigos en el norte a excepción de Neápolis, cuyo puerto se convirtió en el único punto de apoyo en Tracia para la flota ateniense. Los territorios ahora conquistados pasaron a engrosar el potencial macedonio, y en los ejércitos de Filipo, así como en los que formaron Alejandro y sus sucesores, nunca faltaron contingentes de soldados tracios, ilirios y peonios. Las fuentes antiguas recuerdan que justo en esta época, en el verano del 356, los triunfos de Filipo se vieron coronados por dos felices sucesos: el nacimiento de su primogénito Alejandro y la victoria de uno de sus caballos en los Juegos Olímpicos. Incluso estando en plenas campañas militares, el rey de Macedonia no descuidaba sus relaciones con el santuario de Olimpia y hacía gala de la magnificencia propia de los grandes oligarcas griegos.

Del período comprendido entre la derrota de la coalición antimacedonia en el norte hasta fines del año 355

Macedonia bajo Filipo II



las fuentes antiguas no han recogido ninguna noticia relativa a la expansión de Macedonia, por lo que se ha supuesto que Filipo dedicó todo este tiempo a la obra de gobierno, que luego analizaremos, y organizó internamente la administración, el ejército y la economía, las tres raíces en que se sustentó el crecimiento del reino. Acto seguido, entre finales del 355 y el 354, conquistó la ciudad de Metona, último enclave ateniense en la costa macedonia cuya posesión proporcionaba el control del golfo termaico. El asedio no fue fácil y sabemos que durante el mismo Filipo perdió el ojo derecho por herida de una flecha —este defecto quedó reflejado en la cabeza esculpida del monarca que apareció en su tumba de Egas—; Metona fue saqueada y arrasada, sus habitantes tuvieron que dispersarse y las propiedades rústicas se repartieron entre colonos macedonios.

Con la toma de Metona alcanzaba Filipo la mayor extensión jamás lograda por Macedonia; sus límites tocaban, por la región de Tracia, el río Nesto (que desagua frente a la isla de Tasos), Epiro e Iliria por occidente y Tesalia al sur. Toda la península de Calcídica mantenía su alianza con el rey, mientras que el resto de las posesiones griegas habían sido absorvidas. En este momento, sin duda, Filipo ya había abandonado su título de regente; no sabemos en qué fecha exacta recibió la proclamación como rey de Macedonia, pero pudo producirse entre los años 356 y 354. Lo más probable es que Filipo y sus allegados prepararan esta designación en el tiempo que dedicaron a las reformas internas (355). Su sobrino, que estaba

llamado a reinar en el futuro con el título de Amintas IV, quedó desposeído de los derechos al trono; recibió a cambio en matrimonio a la hija de Filipo. En todo su reinado nadie disputó la corona al nuevo monarca; sólo a su muerte Amintas intentó recuperar el cetro, pero fue eliminado por Alejandro.

Las reformas internas de Filipo

Filipo tenía que administrar un reino cuya superficie era tan extensa como la del Peloponeso, el Ática y Beocia unidas y en el que se podría haber llegado a movilizar un ejército de doscientos cincuenta mil hombres. De los antiguos principados locales y de las estirpes ilirio-epirotas que conquistaron las partes septentrionales y orientales del país surgió un conjunto de grandes señores y propietarios, que junto a sus familias constituían la nobleza macedonia y poseían enormes haciendas rústicas: sólo entre ochocientos de estos nobles habían reunido, asegura un historiador griego, mayor cantidad de tierra que los diez mil ciudadanos más ricos de Grecia. Muchos de ellos frecuentaban o residían en la corte de Pela y habían adoptado algunas costumbres griegas, otros colaboraban en el gobierno del reino, a los más se les reservaba un destacado puesto en el ejército; se daban a sí mismos el antiguo título de *hetairoi,* como los príncipes homéricos, y reconocían al rey la categoría de ser el primero entre ellos; a menudo eran recompensados por el rey con donaciones de tierras. El resto de la población estaba formado por artesanos y campesinos, ligados unos a los grandes propietarios, colonos o aparceros los otros; con la denominación de *pezetairoi* integraban la infantería real, y estaban sujetos a ciertos tributos y prestaciones.

Las numerosas victorias de Filipo en el campo de batalla no fueron casuales, sino que responden a la excelente organización militar que supo crear valiéndose de la población útil del reino. La estructura básica del ejército databa, como vimos, de época de Arquelao, pero la labor concreta de Filipo consistió en acoplar la gran diversidad de elementos étnicos que componían aquella milicia hasta convertirlos en una fuerza nacional eficaz y disciplinada, a la que incorporó también contingentes de mercenarios y cuerpos de tropas aliadas. En la caballería pesada servía la nobleza macedonia, los hetairoi, conducidos como oficiales (ilarcas) por los señores de la corte que se habían distinguido por sus dotes en la guerra, y con ellos marchaban los jinetes tesalios; se repartían en escuadrones o *ilai* y su armamento constaba de espada, casco, una coraza corta y lanza. Había también jinetes ligeros cuya misión era efectuar reconocimientos y explorar el terreno, los cuales procedían en su mayoría de Peonia.

La infantería pesada era el cuerpo de los *pezetairoi,* de aquellos macedonios que podían costearse el equipaje, y allí formaban también los hoplitas griegos reclutados como mercenarios; constituían unidades de mil hombres (*taxeis*) subdivididas en compañías de cien (*lochoi*), a cuyo frente se situaban los taxiarcas y los locagos. Se protegían con casco, coraza y un escudo curvo, y atacaban provistos de espada y de una pesada lanza, cuyo empleo representó una importante novedad en el mundo antiguo: la llamada *sarissa* tenía una longitud mínima de casi cinco metros y medio y su medida máxima alcanzaba algo más de siete metros. Los soldados destinados a los primeros rangos de la falange portaban las lanzas más cortas, mientras que en las filas 5ª y 6ª se situaban las de mayor tamaño; de ese modo la formación central macedonia se erigía como un erizado muro difícil de atravesar. Gracias a ello Parmenión, probablemente el mejor general de Filipo y más tarde de Alejandro, me-

joró mucho la táctica bélica al habituar a la infantería pesada mantener en una posición fija al grueso de las tropas enemigas mientras que el resto del ejército las envolvía.

Había también una infantería media, los llamados hipaspistas, paisanos macedonios que antiguamente acudían a la guerra como ayudantes de los *hetairoi* y que ahora combatían sin lanza junto con los soldados de la infantería ligera (macedonios y peltastas mercenarios); juntos formaban unidades de mil hombres o quiliarquías, mandadas por un quiliarca. Con los *hetairoi* y la infantería media se fundaron dos contigentes escogidos que realizaban las funciones de guardia del rey: el escuadrón real de caballería (*ile basilike*) y el batallón (*agema*) de los hipaspistas; en el primero de ellos solían hacer su aprendizaje militar los jóvenes pertenecientes a las grandes familias.
Filipo determinó un sistema de reclutamiento comarcal según el cual se creaban varios distritos militares en Macedonia (en torno a diez); cada uno de ellos debía contribuir con una *ile*, una *taxis* y una quiliarquía. Sin embargo no eran éstas las únicas fuerzas de que disponía regularmente el rey macedonio, pues intervenían siempre en las campañas bastantes tropas auxiliares, bien enviadas por los aliados bien reclutadas a sueldo en el exterior: exploradores, cazadores, honderos, dardistas, arqueros y los grupos de asedio (un cuerpo especial de artilleros y los ingenieros, dedicados a las máquinas de guerra, que procedían en especial de Tracia). A la cabeza de esta milicia tan dispar podía figurar un general, a quien se denominaba estratego, pero era siempre competencia del rey señalar los objetivos y tomar, si podía, el mando.

La variedad de fuerzas con que contaba proporcionó al ejército macedonio una capacidad de adaptación superior a la de otras formaciones de la época, pues a la solidísima estructura conseguida con la infantería pesada añade la elasticidad de los hipaspistas y de la caballería; Filipo dejó atrás la formación táctica de los tebanos, que acumulaba en el ala izquierda los mejores batallones y rompía el frente adversario avanzando en formación oblicua, desde el momento en que coordinó y combinó las unidades ligeras con la falange. Pero había efectivamente motivos para que sus hombres excedieran en preparación y capacidad de maniobra a todos los griegos, puesto que Filipo instauró una disciplina y austeridad rígidas (rebajó incluso el número de ayudantes y suprimió los equipajes superfluos); habituó a las tropas a pelear en cualquier estación del año, de forma que no precisaba paralizar una campaña, como hacían otros ejércitos, de otoño a primavera; además, para someter a las tropas a ejercicios duros y prolongados se prepararon con frecuencia maniobras militares: así todas las unidades del reino solían estar, como los espartanos, permanentemente adiestradas.

Si la eficacia de la milicia macedonia para resolver un combate abierto era un hecho innegable, no menos capaz se mostró en cuantas operaciones de asedio intervino. El principal mérito correspondió en tales ocasiones a la artillería y a los ingenieros que fabricaron las distintas máquinas de guerra empleadas. Hasta mediados del siglo IV el procedimiento usual en la Grecia continental para rendir una ciudad fortificada consistía en la toma por sorpresa o en el cerco y subsiguiente espera hasta que los habitantes fueran vencidos por el hambre. Ciertamente en el 440 hizo su aparición el ariete protegido por la tortuga —sitio de Samos por Atenas—; se trataba de artefactos conocidos en Oriente que Artemón de Clazomenes, llegado de Asia Menor, proporcionó a los atenienses. A su vez en Sicilia los tiranos de Siracusa (Dionisio I y su hijo) imitaron a los cartagineses e

incorporaron a su armamento máquinas para practicar brechas y numerosas catapultas, que habían sido muy perfeccionadas por los siracusanos; con estas últimas lanzaban tanto flechas como grandes piedras o una lluvia de proyectiles de plomo sobre los defensores de las plazas.

Más resulta paradójico que ninguna potencia llegara a desarrollar en Grecia este tipo de ingenios, probablemente porque una parte de las ciudades destinaban sus recursos a la guerra naval y quienes preferían actuar por tierra, como Esparta y Tebas, estaban acostumbradas a los desplazamientos rápidos y a provocar sin más las batallas decisorias. Filipo supo rodearse de técnicos competentes, como el ingeniero tesalio Polieido, cuyas habilidades le permitieron mejorar las máquinas usadas hasta entonces y multiplicar su número; los asedios de Metona en el 354 y, catorce años después, de Bizancio y de Perinto, pasarían a los anales de la poliorcética griega por el uso combinado contra las defensas de la artillería (catapultas), las torres y las tortugas.

Aunque las decisiones militares pertenecían en exclusiva al rey, Filipo quiso rodearse de un estado mayor del que formaban parte, sobre todo, miembros de la nobleza con experiencia en la guerra, pero tampoco faltaron brillantes soldados y técnicos extranjeros, muchos de ellos griegos. Ciertos generales, como Antípatro y Parmenión, se distinguieron por los servicios prestados a Macedonia durante el reinado de Filipo y contribuyeron a perfeccionar la capacidad del ejército nacional; algunas de las victorias que impulsaron la expansión de las fronteras macedonias se incluyen entre los éxitos personales de aquellos estrategos (como la lograda por Parmenión sobre Grabo y los ilirios).

Por otra parte, podemos comprobar que entre las virtudes inculcadas por Filipo a sus tropas se encontraban no sólo la audacia y la energía, sino también la constancia. Como suele suceder en aquellos grandes ejércitos constituidos por múltiples contingentes de distinto origen étnico que debían coordinarse en una acción común —el ejemplo clásico de esta milicia era el ejército persa—, a menudo, en cuanto arreciaban las dificultades, el desaliento hacía presa en una parte de los soldados y contagiaba a la mayoría. Filipo sufrió bastantes reveses tanto en campo abierto como en el asalto a ciudades fortificadas, y estas derrotas ocasionaron cuantiosas pérdidas materiales e incluso a veces pusieron en peligro la autoridad del rey y de sus generales. Sin embargo, lo que diferencia a Macedonia de otras formaciones multinacionales o de las ligas griegas es que Filipo jamás permitió que los fracasos acabaran en un abandono de la lucha, sino que ejerció con energía el poder para proseguir, a despecho de los resultados parciales, todas las operaciones emprendidas. Este fue un mérito más del monarca macedonio, gracias al cual pudo coronar con éxito muchas empresas cuyo final parecía incierto.

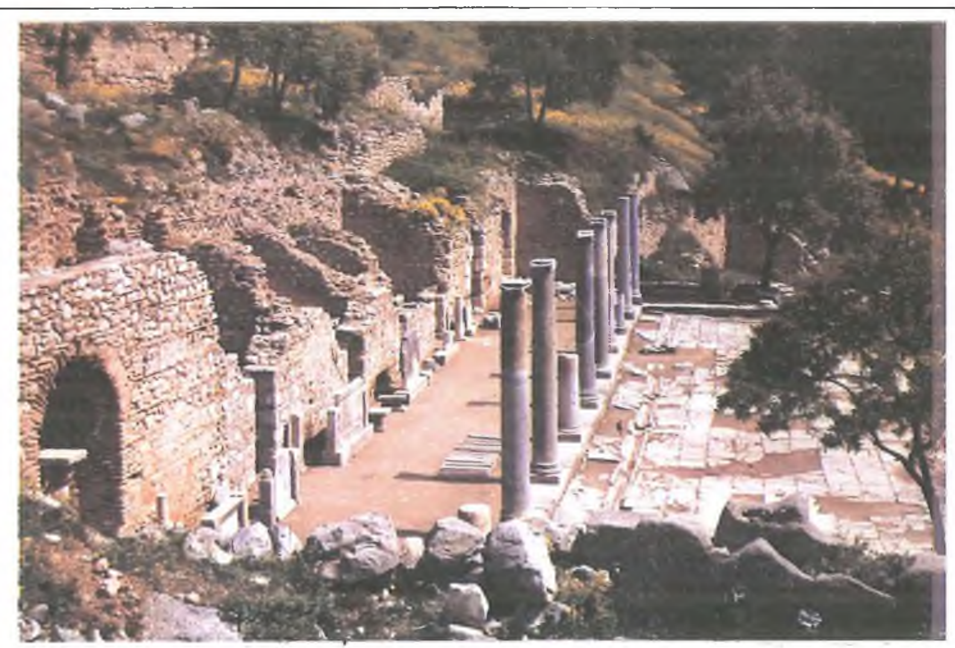
Si la amplia remodelación del ejército facilitó la realización de la política exterior que en cada momento señalaba Filipo, los distintos triunfos alcanzados por medio de sus soldados abrieron también la posibilidad de experimentar varias reformas en el ámbito de la colonización interna y de los territorios conquistados. Dentro del reino Filipo impulsó la creación de nuevas rutas que enlazaran los distritos militares con la capital y permitieran efectuar rápidos desplazamientos a las regiones anexionadas y a las tres principales fronteras (las de Tracia, Iliria y Tesalia); mejoró las condiciones de las pequeñas poblaciones situadas a la cabeza de las circunscripciones de reclutamiento, en donde quedaron destinados algunos funcionarios reales, y fundó otros

asentamientos. La multiplicación de los centros urbanos tuvo a la larga sus naturales consecuencias, cuales fueron atraer a una parte de los propietarios desde sus dominios, dar albergue a grupos de población desplazados expresamente a esos lugares, abrir nuevos territorios a inmigrantes griegos y macedonios, acelerar la difusión de la cultura griega y favorecer las relaciones entre los habitantes de distinto origen, institucionalizar las fiestas y el culto, fomentar el comercio.

Pero también en las regiones recién ganadas, que pasaron a engrosar el reino, se llevó a cabo una serie de planes que repercutieron en amplios sectores del pueblo. Tradicionalmente el soberano macedonio estaba muy ligado a la nobleza de los *hetairoi* y solía, al producirse una conquista, otorgar tierras a bastantes «compañeros del rey», mientras que el resto de los campos se acumulaba al dominio



Cabeza masculina procedente de Atenas. (Mediados del siglo IV a.C.) Museo Nacional de Atenas.



Delfos. Vista de la estoa norte, reconstruida en época imperial romana.

real (patrimonio que paulatinamente se aminoraba por efecto de nuevas donaciones o de entrega de dotes). Filipo en cambio extrajo otros rendimientos a tales regiones. En unos casos destruye las antiguas villas griegas —Potidea, Metona, Olinto— y trasplanta a sus moradores hasta los confines de Macedonia o a los centros urbanos de los países conquistados; el territorio sería parcelado y los predios entregados a miembros del ejército, que los explotaban con ayuda de campesinos macedonios. Pero en otros casos, cuando conquistó algunas regiones de los países limítrofes, Filipo no dudó en crear nuevas ciudades (Filipos, Filipópolis), cuya fundación pretendía no sólo aprovechar emplazamientos ventajosos por su posición económica o militar, sino también establecer a ciudadanos del reino (soldados y labriegos) que introdujeran las costumbres macedonias en aquellas comarcas. Este tipo de colonias sería luego imitado por Alejandro y los reyes helenísticos para favorecer la sedentarización de poblaciones y extender la cultura griega.

Los medios aplicados por Filipo

Seguramente toda la inteligencia y audacia de su soberano no habrían permitido a Macedonia traspasar las metas que obtuvo si Filipo no hubiera hecho correcto uso de los distintos resortes que tanto la tradición como la situación política pusieron a su alcance.

En primer lugar, la fuerza del ejército como institución destinada a fortalecer la propia esencia monárquica. Los reyes macedonios basaban su autoridad suprema en que habían sido reconocidos por la asamblea militar macedonia, con cuya aquiescencia ocupaban la jefatura absoluta del estado y ejercían un poder sólo limitado por ciertas reglas de la costumbre. Esto significaba que frente al ejército, pero sobre todo frente a los *hetairoi* (sus compañeros de la nobleza) que

habían decidido su elección, el monarca estaba perpetuamente obligado a justificarse gobernando en forma tal que obtuviera la aprobación de todos.

Sin embargo entre el pueblo y la nobleza (asamblea militar), por un lado, y el rey por otro, no existía ningún tipo de dependencia determinada jurídicamente, sino sólo una relación estructurada sobre lazos personales, y esta circunstancia era capaz de crear o una estrecha unión entre soberano y ejército o una completa falta de entendimiento. Eran en cada momento la situación política interna o exterior y la capacidad del rey los ingredientes que regulaban la intensidad de sus relaciones: los objetivos del monarca macedonio debían ser compartidos, sustancialmente, por la mayoría de los súbditos, en particular por los más importantes miembros de la nobleza que componían el entorno real. Aquí radica, sin duda, otro gran acierto de Filipo, haber sabido atraer a los fines de su política —consolidación primero del reino, luego ampliación y conquista de los territorios limítrofes, incluyendo Grecia hasta donde fuera preciso, preparación por último de la guerra contra Persia— a la asamblea militar macedonia y haber logrado con ello construir un plan político que caló hondamente en Macedonia; así lo demuestra el hecho de que, no obstante las intrigas y rencillas de palacio que condujeron al asesinato de Filipo, al que quizá no fue ajena la madre de Alejandro, el nuevo rey de Macedonia siguió claramente los pasos previstos por su padre.

Como sus antecesores, Filipo disponía de un patrimonio real, formado por bienes raíces esparcidos por todo el reino, y manejaba una caja del estado que se nutría singularmente de la moneda emitida por el rey en los talleres de Pela. Ambas fuentes económicas se orientaron manifiestamente al cumplimiento de los intereses políticos macedonios: ya vimos cómo Filipo no reservó para sí ninguna parte de los territorios ganados a los vecinos y que, en cambio, distribuyó con generosidad propiedades (incluso del antiguo patrimonio real) a nobles, soldados y campesinos, fundando además colonias. Pero también la riqueza ingresada en la hacienda macaedonia, ahora en mayor volumen que nunca, fue constante y eficazmente empleada para sufragar los gastos que demandaba la política de expansión.

Ciertamente siempre se ha exagerado la importancia de tales recursos, hasta el punto de atribuir muchos de los éxitos diplomáticos de Filipo a sus interesados «repartos» de oro entre las ciudades griegas. Sin embargo, la realidad parece muy otra: las tasas percibidas después de la reforma de Calístrato representaron una leve mejoría de la economía estatal, y las principales cantidades reunidas provenían de las minas de Disoro y de Pangeo (cerca de mil talentos anuales). Con el mineral que se explotaba en estos distritos Filipo puso en circulación un gran número de monedas de plata a lo largo de todo su reinado, mientras que con oro, metal mucho más escaso, acuñó poquísimos ejemplares. El destino de aquel dinero fue, básicamente, cubrir la costosa financiación militar; sólo algunas bajas cifras de la parte reservada al soberano se convirtieron en presentes o pagos para comprar los favores de influyentes políticos griegos. Pero este empleo del dinero no tuvo, ni de lejos, las proporciones que llegó a adquirir en la primera mitad del siglo IV cuando el rey de Persia y los sátrapas de Asia Menor se decidieron a subvencionar o corromper a buena parte de los griegos.

La política de Macedonia era concebida, sin duda, por Filipo, mas no resulta fácil establecer qué grado de participación tocó en ella a la corte real. La mayor parte de los consejeros de palacio procedían de la nobleza.

Una sinopsis sobre la obra de Filipo

En todas las composiciones históricas conviene que los historiadores, dentro de cada libro, abarquen hechos completos, bien de estados, bien de reyes, desde su origen hasta el final: así es, en efecto, como entendemos que la historia se hace más fácil de retener y más transparente para el lector. Porque los hechos expuestos a medias, sin ofrecer un remate trabado con los comienzos, interrumpen la curiosidad de los aficionados a la lectura, pero los que respetan la continuidad del relato hasta alcanzar su término proporcionan una versión acabada de lo acontecido. Y cuando la propia naturaleza de los hechos facilita el trabajo del historiador, entonces ya no cabe, bajo ningún concepto, desoír estas reglas. Por consiguiente también nosostros procuraremos, en el instante en que llegamos a los sucesos de Filipo, hijo de Amintas, encerrar en el presente libro las gestas de aquel monarca. Pues Filipo fue soberano de los macedonios durante veinticuatro años, y aunque contó con los más ínfimos medios elevó su reino a la condición de mayor potencia de Europa; aunque se hizo cargo de una Macedonia avasallada por los ilirios, la convirtió en dueña de muchos grandes pueblos y estados. Merced a su valor personal recibió la dirección de toda Grecia de manos de las ciudades que reconocían gustosamente su jefatura. Redujo por las armas a quienes saquearon el santuario de Delfos y prestó ayuda al oráculo, por lo que ingresó en el consejo de los Anfictiones, y considerado su respeto hacia los dioses, obtuvo en recompensa los votos de los focidios recién vencidos. Después de las guerras de sumisión de los ilirios, peones, tracios, escitas y demás pueblos limítrofes de aquéllos emprendió la disolución del reino de Persia; y cuando con un ejército trasladado hasta Asia se disponía a liberar a las ciudades griegas fue sorprendido por el límite del destino, más dejó un poderío de tal importancia y calidad que su hijo Alejandro no hubo de recurrir a los aliados para deshacer la hegemonía persa. Y tales hechos no fueron producto de la suerte, sino de su propio valor, puesto que el rey Filipo se distinguió por su ingenio en la ciencia militar, por su bravura y por la esplendidez de su temperamento.

Diodoro Sículo XVI 1, 1-6

Eran personas investidas con la confianza del monara que no sólo brindaban asesoramiento en las decisiones, sino que a menudo desempeñaron funciones civiles, despachaban asuntos de estado o realizaban misiones diplomáticas; pero al mismo tiempo constituían, como ya hemos señalado, la guardia militar y el estado mayor del soberano cuando salía en campaña, y algunos eran incluso designados generales en jefe para reemplazar al rey. Filipo acabó encontrando en esta aristocracia a los colaboradores indispensables para el funcionamiento de la administración y de las relaciones exteriores, según cabe presumir cuando comprobamos que numerosos generales de Alejandro, miembros de la nobleza macedonia, hicieron gala de su anterior experiencia a la hora de ejercer con absoluta idoneidad el gobierno de los distintos países que el sucesor de Filipo sometió a su autoridad.

Junto a este grupo de nacionales Filipo acertó también a rodearse de un cierto número de helenos. Ya nos hemos referido a quienes en calidad de soldados o técnicos formaron parte de las fuerzas macedonias, pero a la corte se sumaron otros especialistas que prestaron su ayuda en la cancillería y en las negociaciones con las ciudades griegas. Entre ellos debe mencionarse al ateniense Calístrato, experto en finanzas, así como a Eumenes de Cardia, Pitón de Bizancio y Nearco de Creta, que asistieron a varias misiones como delegados de Macedonia. No es posible tampoco olvidar a quellos otros griegos que, desde fuera de Macedonia, mantuvieron la causa de Filipo movidos por la simpatía o por su hostilidad hacia las grandes potencias de la Hélade; dentro de la misma Atenas hubo numerosos ciudadanos, captados por las promesas o por los atractivos planes del macedonio, que apoyaron con



Relieve con la representación de Asclepio y de las divinidades eleusinas. (Hacia el 350) Museo Nacional de Atenas.

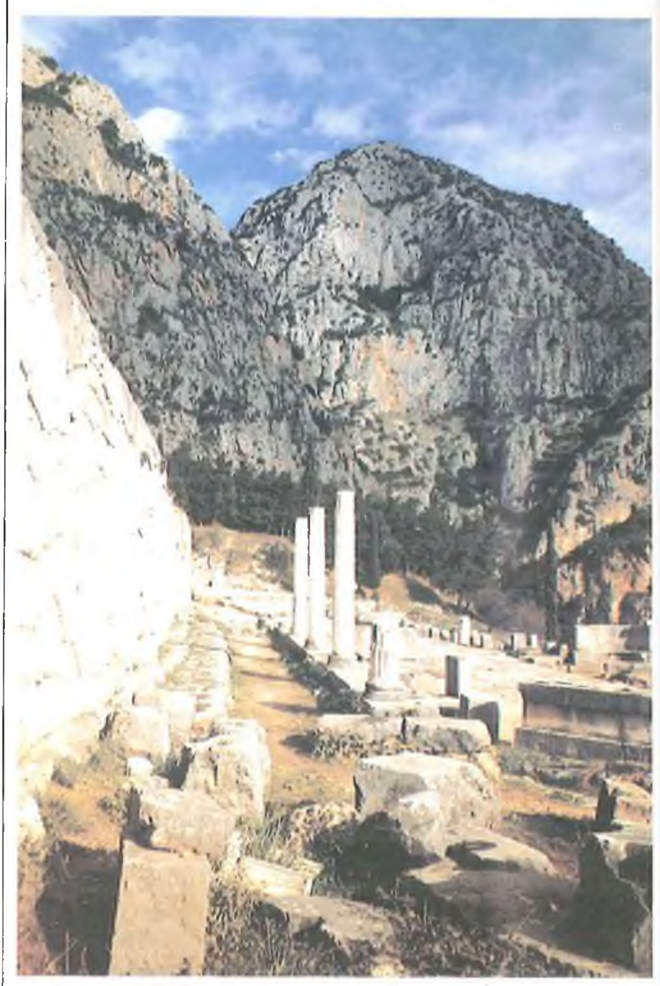
empeño ante el Consejo y la Asamblea la aprobación de sus propuestas y facilitaron el progreso de su política. Lo mismo hicieron otros particulares de algunas ciudades beocias, arcadias y argivas, que propagaron las ideas de Macedonia como las más congruentes a sus intereses propios.

Por otra parte Filipo nunca eludió, cuando parecía oportuno, el recurrir a ciertas armas diplomáticas poco recomendables, aunque bien conocidas y practicadas en Grecia. Algunos de los publicistas y oradores que defendieron su figura actuaban al dictado de un salario o de regalos remitidos desde Macedonia, y en ocasiones los partidarios del rey o los votos favorables a su política (en las ciudades, en las ligas, en los santuarios) se ganaban mediante el soborno. Explotó con habilidad las pasiones, rivalidades e imprudencias de los estados griegos: a fin de ganarse la colaboración de los más y evitar el nacimiento de coaliciones prestaba ayuda a las pequeñas ciudades amenazadas de agresión, pero en otros casos auxiliaba a las que deseaban engrandecerse; sin embargo únicamente les consen-

tía adquirir ventajas mínimas y efímeras que no constituían amenaza para su posición.

El trato concedido a los vencidos refleja una generosidad efectista, puesto que el rey solía renunciar a algunos derechos del triunfo y devolver a las ciudades conquistadas una aparente dosis de autonomía, pero la limitaba a aquellas competencias que no pudieran lesionar la soberanía macedonia. Las fuentes antiguas destacan asimismo la singular maestría de Filipo como negociador: la ambigüedad en la formulación de promesas y acuerdos, la imprecisión de los planteamientos esbozados por el rey o sus agentes, daban pie más tarde a asegurar que sus interlocutores habían abrigado falsas esperanzas o no atinaron a interpretar las verdaderas ofertas de Macedonia. Gracias a una especial cortesía, a su infalible memoria —como sostiene Esquines—, a sus virtudes oratorias, a la amenidad y persuasión de sus discursos, Filipo levantó la admiración y ganó la voluntad de bastantes embajadas llegadas de Grecia.

Al igual que los anteriores monarcas de Macedonia, también Filipo contaba con un poder absoluto para llevar a la práctica los objetivos trazados en beneficio del reino. Demóstenes lo describe como dueño absoluto del ejército, general y tesorero, como la única autoridad que puede ordenar lo que debe decirse y hacerse; y para tomar cada una de sus decisiones no necesitaba acudir a públicas deliberaciones, no había de temer la oposición ni el debate de los macedonios. Lo cual se traducía, efectivamente, en que Filipo adoptó frecuentes iniciativas que conjugaban previsión, audacia y energía, aunque de ordinario fueron bien maduradas; y esta ausencia de ataduras le valió, en sus relaciones con Grecia, para marcar siempre las distancias y enmendar velozmente toda suerte de yerros. Frente a ello contrasta la pasividad e indecisión de las ciudades griegas: su apego a la tradición de los largos discursos en las asambleas y a la lenta reacción de cara a los peligros externos —pues a fin de cuentas éstos siempre provenían de otros helenos, que poseían los mismos hábitos— tuvo esta vez fatales consecuencias. Filipo no fue un enemigo cualquiera, sino el mejor preparado de cuantos amenazaron acabar con la autonomía de los griegos y, por añadidura, encontró a sus rivales divididos, aislados y agotados. En las páginas siguientes veremos en qué forma se aprovechó el macedonio de la debilidad de Grecia.



La estoa de los atenienses en Delfos.

II. Filipo y la conquista de Grecia

1. De la Guerra Sagrada a la Paz de Filócrates

Si anteriormente Filipo de Macedonia ya había tenido ocasión de intervenir en los asuntos de Tesalia a raíz de las luchas que mantenían los Alévadas de Larisa contra Feras, la discordia que estalló luego, en el 356, en la Grecia Central, le brindará una inesperada oportunidad para medirse con otros griegos e introducir su influencia, como veremos, en todo el mundo helénico.

El conflicto, recordado con el nombre de Tercera Guerra Sagrada, había nacido en el seno de la Amfictionía délfica. El santuario de Delfos estaba administrado por el consejo de los hieromnemones, nombreados por los doce pueblos griegos, a razón de dos por cada miembro, que componían esta asociación político-religiosa conocida como Amfictionía. El consejo se amplió en el siglo V y, para tratar los asuntos más graves, junto a los hieromnemones tomaban asiento en el consejo otros delegados titulados pilágoras. Éstos eran, según el protocolo oficial, los doce amfictiones: tesalios, beocios, dorios de la Dóride, y del Peloponeso, jonios del Ática y de Eubea, perrebos, dólopes, magnesios, locrios orientales y occcidentales, enianos, aqueos de la Ftiótide, malios y focidios; cada pueblo designaba a su modo a los representantes que enviaba a Delfos y contaba, por consiguiente, con varios votos en el consejo amfictiónico, cuyas sesiones eran presididas siempre por los tesalios.

Las principales autoridades de los focidios, declaradas culpables por los amfictiones de haber cometido un delito religioso (apropiarse de tierras sagradas para el cultivo), habían sido condenadas al pago de una fuerte multa. La acusación ante el consejo partió de los beocios —a quienes incomodaba la independencia de los focidios, instalados entre Beocia y Tesalia, después que decidieron retirarse de la liga beocia— y consiguió los votos suficientes para su aprobación; si los reos no satisfacían la multa en un plazo fijo los amfictiones se declaraban dispuestos a ocupar el territorio de Fócide y consagrarlo por entero al dios pítico. La reacción de los focidios fue inmediata: no sólo ignoraron la condena, sino que movilizaron a su ejército de peltastas, contrataron tropas mercenarias y tomaron el santuario de Delfos.

Tanto Esparta como Atenas estuvieron al margen de la condena contra Fócide, y cuando Filomelo —general en jefe de los focidios— reclamó su ayuda, ambos contribuyeron a financiar los gastos militares de aquel

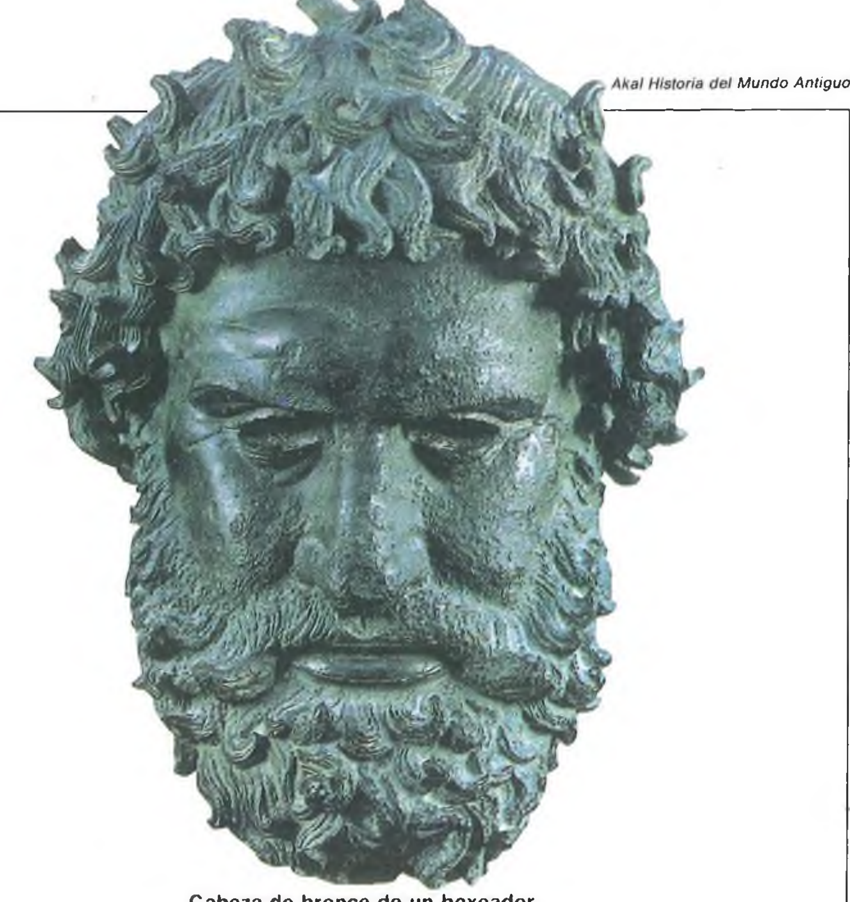
pequeño estado con la esperanza de debilitar la supremacía beocia en la Grecia Central. Pero los focidios encontraron su mejor apoyo en los cuantiosos tesoros que encerraba Delfos; con ellos acuñaron el dinero para pagar a los soldados y reclutar nuevos mercenarios. Así se comprende que la moral del ejército focidio rayara a gran altura durante el tiempo que duró la guerra y que una población tan insignificante en el concierto de las comunidades griegas trajera en jaque a todos sus vecinos. La Guerra Sagrada fue públicamente declarada por los amfictiones en el otoño del 356 —como Delfos ya estaba en manos de Filomelo la reunión del consejo se celebró en Termópilas— con los votos de los beocios, los tesalios, los locrios y los dorios de la Dóride.

Pero mientras sus enemigos comenzaban a organizarse los focidios tomaron la iniciativa; invadieron la Lócride oriental, a fin de estorbar la conjunción de tesalios y beocios, y devastaron el país. Al año siguiente (355) Filomelo cruza las Termópilas y vence sucesivamente a los locrios y a los tesalios, pero muere más tarde en otra batalla contra los beocios defendiendo la Fócide. Para sucederle fue designado Onomarco, que nombró lugarteniente a su hermano Faílo. En poco tiempo el nuevo general focidio reunió los restos de las tropas, vigiló los principales caminos que conducían a Delfos e hizo acuñar moneda por valor de diez mil talentos; con estos fondos compró los servicios de los tiranos de Feras, en Tesalia, y contrató el mayor ejército de mercenarios que jamás tuvo otro estado griego.En el 354 sometió a los locrios y saqueó la Dóride; llamado por sus propios habitantes ocupó la ciudad beocia de Orcómeno y llegó incluso a asediar Queronea. La guerra estaba cada vez más generalizada y los focidios se mantenían sobre todo atentos a las posibles ofensivas que se lanzaran desde Tesalia o Beocia.

Por último, en el 353, Filipo participa en esta lucha, e inicialmente no con demasiada fortuna. En el año anterior Macedonia se había distanciado de los atenienses después de haberlos expulsado de Metona, mientras seguía hostigando sus posesiones en Tracia, y ahora Filipo se hallaba ligado a Larisa y a Tebas. Posiblemente ni los tebanos ni Filipo eran exactamente conscientes del peligro que podían representar los focidios de Onomarco, según se desprende del hecho de que los beocios cometieran la imprudencia de enviar, a comienzos del 353, una expedición de ayuda al sátrapa Artabazo, rebelado contra el Gran Rey, en la que enrolaron a cinco mil mercenarios y a la cabeza de la cual colocaron a Pánmeno, su mejor general; Filipo facilitó el tránsito de estas tropas por su reino en dirección a Asia Menor.

Como en Tesalia recrudecían los enfrentamientos entre la aristocracia de las distintas ciudades, los Alévadas de Larisa solicitaron auxilio a Filipo; los macedonios entraron entonces en territorio tesalio. Pero los tiranos de Feras y Cranón obtuvieron el apoyo de Onomarco, que expidió siete mil hombres a las órdenes de su hermano; las luchas intestinas de Tesalia se convirtieron así en una parte de la Guerra Sagrada. Si Filipo venció en primera instancia a Faílo y a las tropas de Feras, no logró sin embargo parar a Onomarco cuando el general focidio llegó con veinte mil mercenarios a Tesalia: el rey de Macedonia sufrió dos derrotas consecutivas y tuvo que retirarse a su país. En el apogeo de su poderío, Onomarco dispuso todavía de tiempo para volver a Beocia, aplastar al ejército de la liga que se le opuso y hacerse con Coronea, ciudad hostil a Tebas.

La situación iba a modificarse, sin embargo, varios meses más tarde. Filipo regresó a Tesalia en el 352 para poner cerco a Feras y los tiranos de la



Cabeza de bronce de un boxeador,
procedente de Olimpia (Hacia el 350 a.C.)
Museo Nacional de Atenas.

ciudad advirtieron a los focidios; como Feras no cedía, el rey de Macedonia y sus aliados tesalios se dirigieron al vecino puerto de Pagasas, que cayó en sus manos (la escuadra ateniense que la Asamblea había decidido mandar en socorro de Pagasas no llegó a tiempo). Cerca de aquí, en la plana de Croco, encontraron al ejército focidio que acudía a Feras: ante una formación de similar valía —ambas fuerzas contaban con el mismo número de infantes, pero los focidios tenían menos jinetes— cosechó Filipo su primera gran victoria en Grecia. Onomarco murió durante la batalla y perdió a la mitad de sus tropas entre caídos y prisioneros, casi diez mil hombres, pero el triunfo macedonio tuvo aún mayores consecuencias puesto que dejó a Magnesia (cuyas ciudades dependían de los tiranos) y a toda Tesalia a merced del monarca: Larisa, Cranón, Feras, Farsalo, Farcadón, Trica, Pagasas, tuvieron que inclinarse ante la autoridad de Macedonia. Filipo les consintió guardar una parte de su autonomía, pero rehizo la liga tesalia y situó a todos los efectivos militares de la misma, entre los que sobresalía la caballería, bajo sus órdenes, instaló guarniciones en algunos puntos estratégicos —Pagasas y las poblaciones costeras de Magnesia, por donde podían golpear de improviso las naves atenientes— y se quedó con las tasas percibidas en puertos y mercados para financiar los gastos de las campañas.

Y además Filipo no permaneció inactivo. Alegando la obligación moral de castigar plenamente a los foci-

dios por sus sacrilegios (condena anfictiónica, saqueo de los tesoros del templo) se encaminó hacia Grecia Central. Pero el paso de las Termópilas estaba bloqueado: todos los estados griegos que apoyaban a los focidios habían descubierto el peligro que les amenazaba si los macedonios llegaban a la Fócide y Delfos —como efectivamente ocurrió años después—, desde donde podrían controlar buena parte de Grecia. Mil soldados espartanos y dos mil de la liga aquea, junto a dos mil mercenarios de los antiguos tiranos de Feras y cinco mil hoplitas atenienses, más cuatrocientos jinetes (todos de Atenas), persuadieron a Filipo de que forzar el paso había de costarle un grave revés. Los macedonios emprendieron la vuelta a su patria y se desentendieron, durante seis años, de la Guerra Sagrada y de sus secuelas al sur de Tesalia; pero la táctica de desgastar a los griegos había surtido efecto, y sólo Atenas consumió más de 200 talentos en despachar una pequeña flota y al estratego Nicocles (con los hoplitas y la caballería) hasta las Termópilas.

La guerra contra Olinto y el desarrollo de la Guerra Sagrada

Después de la llegada a Macedonia dirigió Filipo sus miras hacia los territorios del Norte. En el 351 fuerza a los ilirios del rey Clito así como al monarca tracio Quersebleptes, a aceptar su soberanía, y establece alianzas con las ciudades de Perinto, Bizancio (enclaves griegos en la ribera tracia de la Propóntide) y Cardia (en el Quersoneso de Tracia). Durante el 351 entró en el Epiro y obligó a que se respetaran los derechos al trono de su cuñado Alejandro, al que llevó consigo a Pela para cuidar de su educación; de paso arrancó a los epirotas el territorio de Paravea, fronterizo con Iliria, que incorporó a Macedonia.

Los más perjudicados por tales éxitos eran, en principio, los atenienses, los cuales, aunque desde el 353/52 tenían clerucos en Sestos, mantenían buenas relaciones con los reyes tracios y soportaban el esfuerzo de vigilar con naves el norte del Egeo, veían cómo el comercio con Tracia y el transporte del trigo adquirido en la Propóntide y el Quersoneso experimentaba serias dificultades, pues Filipo había incrementado también su poderío por mar y los barcos bajo pabellón macedonio capturaban sus presas entre los fletes atenienses desde Lemnos e Imbros hasta el sur de Eubea. Ya desde ahora Demóstenes clama vehementemente contra Filipo

La columna de las bailarinas.
Museo de Delfos.



y propone combatir sin desmayo contra su política presentándolo como un enemigo de la libertad y de la democracia.

Pero también los miembros de la liga calcídica, y en particular su ciudad hegemónica, Olinto, sufrirían pronto las consecuencias de la nueva expansión macedonia. Antes de su intervención en la Guerra Sagrada, en el año 356, Filipo se aprovechó de la alianza con los olintios para expulsar a los clerucos atenienses de Potidea y compensó a sus aliados calcidios entregándoles la ciudad de Antemonte y el territorio de Potidea; los olintios garantizaron entonces a Macedonia que nunca tratarían separadamente con Atenas. Sin embargo, seis años después, los calcidios estaban aislados del resto de los griegos —completamente rodeados por los dominios de Filipo— y desconfiaban de las intenciones del macedonio, que se había atrevido a cruzar con un ejército por territorio calcidio (actitud que en Grecia podía tomarse por una declaración de guerra). Y así, aunque Filipo procuró estimular dentro de la liga calcidia el surgimiento de una facción promacedónica, dispuesta a supeditar su autonomía a los dictados de Pela, los olintios buscaron el apoyo de Atenas.

En el año 349 Filipo creyó llegada la ocasión de actuar y, pretextando que debían entregarle a Arrideo y Menelao, sus dos hermanastros refugiados en la Calcídica después de haber intentado usurpar el trono, transmitió un ultimátum a la liga; al no ver satisfecha su demanda estalló la guerra. Desde Olinto se urgió nuevamente a Atenas, mientras en toda Grecia se censuraba la deslealtad del rey de Macedonia; pero lo cierto es que nadie se movilizó en favor de los calcidios, salvo los atenienses. La expedición enviada hacia Amfípolis al mando de Cares (dos mil mercenarios y 38 trirremes) no contaba con fondos suficientes, no recibió los refuerzos prometidos y no obtuvo resultados; por su parte Filipo, aprovechando el invierno (349/48), conquistaba una tras otra las ciudades calcidias. En vano Demóstenes pronunció sus tres famosas arengas conocidas como las Olintíacas para reforzar la moral de sus compatriotas y recordarles su deber de encabezar, con los sacrificios económicos que fueren necesarios, la oposición a Macedonia; la Asamblea ateniense se ahogaba en la incertidumbre.

Desde luego Atenas se entregó simultáneamente a una paralela labor diplomática, pero ni los desterrados tesalios de Feras fueron capaces de crear problemas ni la confederación de Acarnania, con la que también mantuvo contactos, inquietó a Macedonia. Paradójicamente fue Filipo el que puso en apuros a Atenas usando de aquellas armas: a finales del 349 logró avivar la revuelta de todas las ciudades de Eubea —menos Caristo—, las cuales abandonaron su coalición con Atenas. El dilema que este inesperado suceso planteaba a la Asamblea era manifiesto, pues se debía elegir entre olvidar la campaña de Tracia o perder una isla de gran importancia (tanto estratégica como económica); la decisión tomada fue concentrar los esfuerzos en Eubea, y a tal efecto se envió un ejército de ciudadanos. Sin embargo las tropas de ocupación atenienses tuvieron, tras varios choques, que rendirse y la expedición acabó lamentablemente en el verano del 348; Atenas tuvo que pagar cincuenta talentos para rescatar a los prisioneros y aceptar la independencia de los eubeos.

Entretanto Filipo era ya dueño de Calcídica entera, excepto de Olinto. A comienzos del verano vino el general ateniense Caridemo con cuatro mil mercenarios desde el Helesponto, gracias al dinero que recibió del sátrapa Orontes, y se instaló en Olinto, pero el rey de Macedonia derrotó en dos sucesivas batallas en campo abierto a

las tropas olintio-atenienses. Atenas aún trató de auxiliar a los asediados votando la salida de un contingente de dos mil hoplitas y 300 jinetes —nuevo sacrificio económico y humano, pues los combatientes eran ciudadanos—, pero cuando la flota que los trasladaba avistó la costa de Olinto la ciudad ya había capitulado (agosto del 348).

Filipo vendió a una parte de los olintios como esclavos, redujo a otros a la condición de siervos en los dominios reales y trasladó a algunos grupos a las colonias creadas en el interior del reino; de entre los olintios que lograron escapar la mayoría fue acogida en Atenas y el resto se diseminó por la Hélade, convertidos en ardientes propagandistas de la lucha antimacedonia. La ciudad de Olinto fue demolida por orden de Filipo hasta lo cimientos. Pero también la suerte de la antigua Calcídica griega quedó definitivamente sellada: la península fue incorporada a Macedonia, con las 32 ciudades que albergaba —algunas destruidas—, y sus territorios fueron divididos en grandes parcelas, con los correspondientes cultivadores, que se entregaron a la nobleza macedonia.

En Grecia Central, a su vez, continuaba la Guerra Sagrada, reducida por completo a una cuestión interna entre los beocios y los focidios. Muerto Faílo en el 351, los focidios eligieron como sucesor a un hijo de Onomarco, Faleco; bajo su guía continuaron la serie de invasiones del territorio beocio, de golpes por sorpresa y de pequeñas operaciones, que se prolongó hasta el 346 (Diodoro Sículo evita describirlas año por año y ofrece sólo un resumen de las mismas cuando narra el fin del conflicto). Tebas y los beocios no podían, por falta de fondos, aumentar sus fuerzas, y los focidios se limitaban a administrar los tesoros de Delfos para contar con el suficiente número de mercenarios. A comienzos del 346 ambos beligerantes reclamaron ayuda de sus amigos: los tebanos hablaron a Filipo, pero éste se dignó enviar únicamente algunos soldados, mientras que los focidios se dirigieron a Esparta y Atenas prometiendo que pondrían en sus manos las fortalezas que custodiaban el paso de las Termópilas —de enorme importancia para obstaculizar cualquier futuro movimiento de Filipo hacia Beocia—. El rey espartano Arquídamo acudió con mil hoplitas lacedemonios y los atenienses despacharon a una parte de sus ciudadanos en una escuadra de cincuenta naves, pero al llegar al paso Faleco, que había desautorizado a las autoridades focidias, se negó a cederles aquellos baluartes.

La Paz de Filócrates y el fin de la Guerra Sagrada

Los fracasos cosechados en Eubea y en Olinto, la falta de entendimiento con los focidios, así como la imparable superioridad de Macedonia, habían creado en Atenas un estado de opinión favorable a las negociaciones. Desde el año 348 la diplomacia ateniense trataba de levantar un frente común contra los macedonios y presentó a otros estados griegos el proyecto de celebrar un congreso para discutir las providencias a adoptar, pero como sus ideas no encontraron casi eco no restaba otra solución sino buscar la paz. En marzo del 346 salió hacia Pela una embajada compuesta por diez delegados atenienses, entre ellos Filócrates, Esquines y Demóstenes, y un ciudadano de Ténedo en representación de los estados de la confederación marítima.

Ante Filipo los oradores atenienses expusieron sus propuestas de paz, que incluían reconocer los derechos de su país al Quersoneso tracio, a Anfípolis y, posiblemente, a Potidea; abogaron también por la admisión en el tratado de los focidios y del puerto de Halo (en la Acaya Ftiótide).



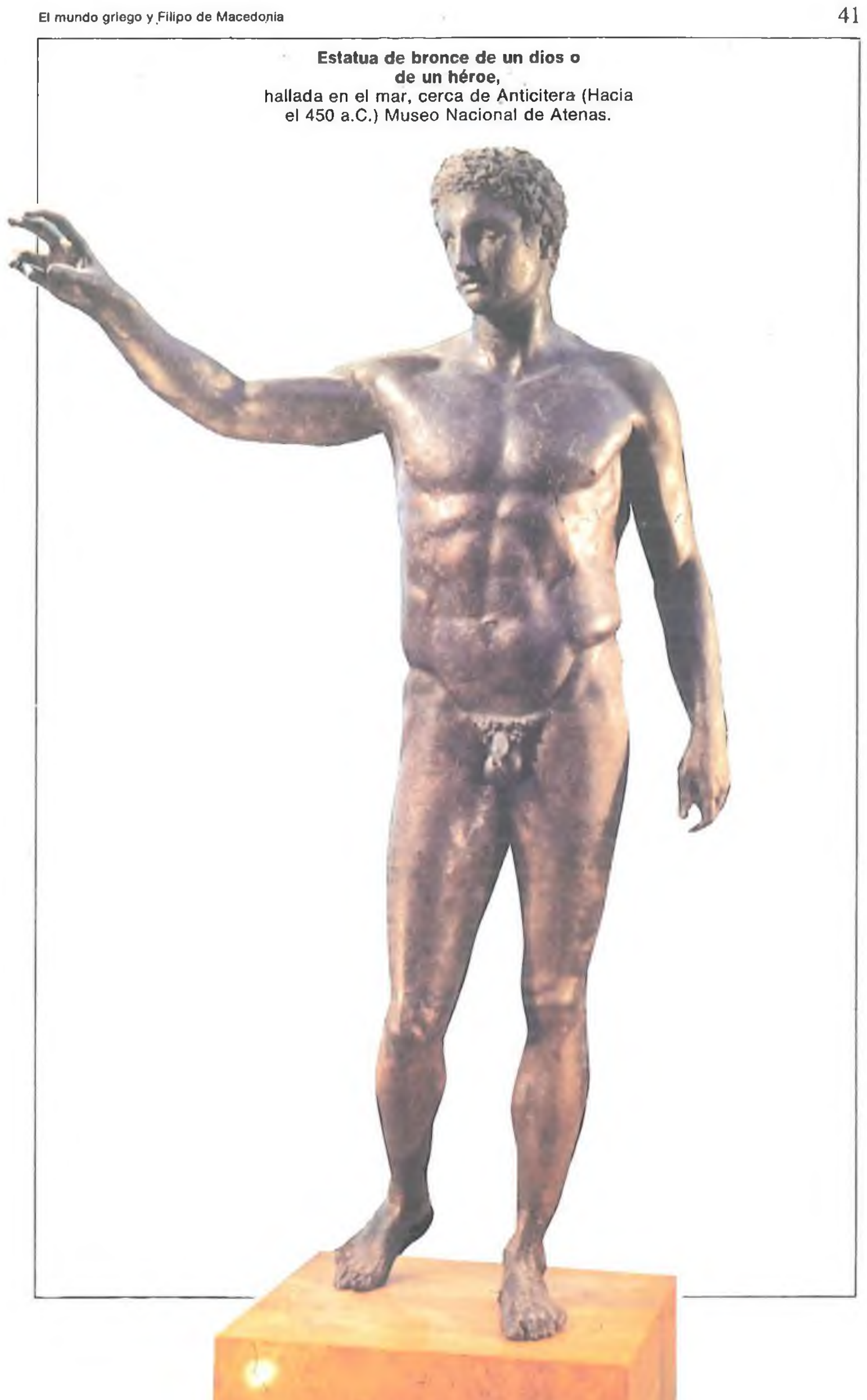


Pelike ático de figuras rojas, con representación del juicio de Paris. (Hacia el 340-330 a.C.) Museo Nacional de Atenas.

El monarca, que mostró excepcional consideración a los embajadores, rebajó aquellas peticiones: aceptaba no intervenir para nada en el Quersoneso y añadía a la paz con Atenas una oferta de alianza; pero respecto a los demás puntos sólo se comprometía a que el destino de los focidios pudiera en su día ser decidido de común acuerdo.

Los delegados regresaron a Atenas y al mismo tiempo llegó una embajada de Filipo, con poderes especiales, a cuyo frente figuraban Antípatro y Parmenión. Reunidos en sesión conjunta la Asamblea y el *synedrion* (Consejo) de los aliados, se debatieron calurosamente los términos de la paz; si existía acuerdo en resignarse a la pérdida definitiva de Amfípolis y Potidea, los presentes repelían la propuesta de excluir nombradamente del tratado a los focidios, a la ciudad de Halo y a Quersebleptes de Tracia (que deseaba verse incluido allí). Los plenipotenciarios de Filipo fueron inflexibles ante los ruegos de Filócrates, esforzado en conciliar los intereses de su patria con la posición macedonia: admitirían que se mencionara como firmantes de la paz a Atenas y a sus «aliados» (*symmachoi*), pero ese término sólo podría englobar a los estados de la confederación marítima ateniense, no a aquellos otros unidos a Atenas mediante acuerdos bilaterales (lo que equivalía a dejar fuera a Halo, a los focidios y al monarca tracio).

Bajo tales circunstancias redactó Filócrates un texto que, presentado como moción de los sinedros, resultó aprobado. Para vencer la oposición de ciertos sectores Filócrates hubo de recordar que los tebanos aún representaban una amenaza, Demóstenes apoyó el texto por estimarlo el menor de los males y Esquines dejó entrever que en el fondo Filipo no rechazaba las aspiraciones atenienses —en lo que el orador ático se engañaba—. La redacción era la siguiente: ambos estados conservaban los territorios que poseían en el momento del cierre, por lo que Atenas sólo salvaba el Quersoneso tracio (sin la ciudad de



Estatua de bronce de un dios o de un héroe,
hallada en el mar, cerca de Anticitera (Hacia el 450 a.C.) Museo Nacional de Atenas.

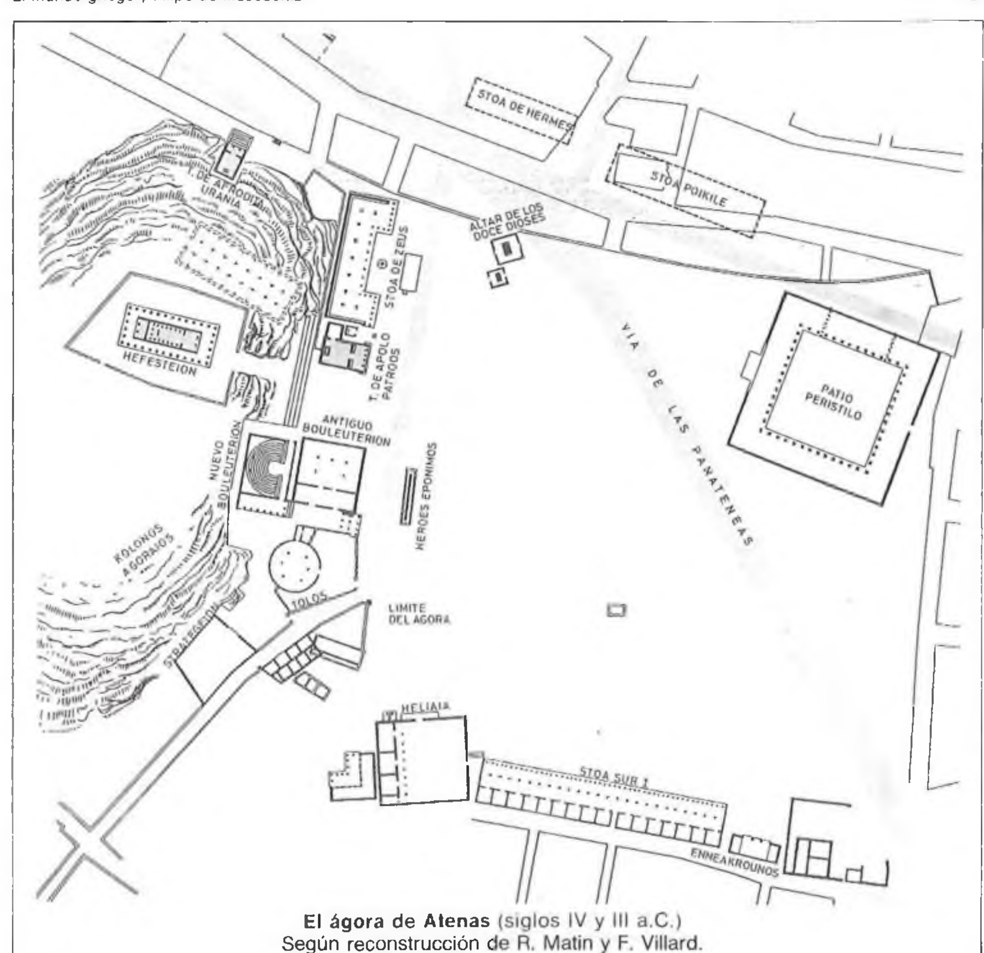
Cardia); ambos garantizaban la libertad de navegación y expresaban su condena a la piratería; ambos estrechaban la confianza concluyendo una alianza mutua. No había, por consiguiente, ninguna alusión a los focidios; sobre ellos únicamente constaba la promesa verbal de Filipo de establecer su suerte de común concierto con Atenas. El tratado, conocido como la Paz de Filócrates, fue jurado en abril del 346 ante Antípatro y Parmenión por Atenas y sus confederados (no se permitió prestar juramento a un mandatario de Quersebleptes por no ser miembro el rey tracio de la liga ateniense).

La legalidad exigía que otra embajada fuera al encuentro de Filipo para recibir su juramento a lo estipulado, y entre los comisionados estuvieron de nuevo Demóstenes, Esquines y Filócrates. A su llegada a Pela tuvieron que aguardar un mes, puesto que el rey se hallaba ausente: precisamente mientras en la Asamblea ateniense se gestaba la paz Filipo dirigía una campaña para culminar la conquista de Tracia. Primero se adueñó de algunas poblaciones de la costa y luego constriñó a Quersebleptes a rendirse; el reino pasó a ser vasallo del de Macedonia y un hijo del soberano tracio marchó con Filipo en calidad de rehén. Después de su retorno a Pela hacia mediados de junio Filipo dilató el juramento cuanto pudo, y no tuvo reparos en solicitar la cooperación ateniense para combatir a los focidios sugiriendo su posible ayuda a una eventual recuperación de Eubea.

Simultáneamente se trasladó con su ejército hasta Tesalia. Por fin en la ciudad de Feras, a comienzos del verano, Filipo y sus aliados prestaron el juramento a la Paz de Filócrates en presencia de los embajadores de Atenas. Vueltos a la patria, Demóstenes y la *Boulé* quisieron responsabilizar a algunos de ellos de haber actuado lenta e irresponsablemente, aunque la Asamblea quedó convencida de que no hubo sino malentendidos. La Paz fue ratificada mediante un decreto, pero además se votó otra disposición que elogiaba a Filipo, prorrogaba la alianza a los descendientes del macedonio y recomendaba combatir a los focidios si no restituían el santuario a la Amfictionía; de todo ello se notificó al monarca de Macedonia remitiendo otra comisión.

Pero Filipo acababa de cruzar las Termópilas y había rendido a los ficidios (2ª mitad de julio). Faleco capituló y abrió sus fortalezas a los macedonios, pero obtuvo a cambio la posibilidad de retirarse libremente con sus mercenarios hasta el Peloponeso. Los atenienses fueron entonces invitados por Filipo a sumar sus fuerzas para terminar con la Guerra Sagrada, mas la Asamblea respondió con una negativa, pues el nerviosismo ya había hecho presa en la mayoría, temerosa de que, unido a los tebanos, el rey apareciese en las fronteras del Ática. Así pues los macedonios terminaron la ocupación del resto de la Fócide con ayuda de los hoplitas y de la caballería tanto beocia como tesalia; numerosos focidios corrieron a refugiarse en Atenas.

Era el fin de la guerra, pero faltaba reconstruir la Amfictionía y determinar la condena de los focidios. Convocado el Consejo de los amfictiones, transcurridos diez años desde su última reunión, Filipo consiguió que la sentencia dictada fuera ejemplar: la Fócide era excluida del santuario pítico, su población será dispersada en aldeas y las ciudades arruinadas, se confiscarán las armas y los caballos, tendrán que restituir los tesoros pillados a Delfos, evaluados en unos diez mil talentos, a razón de 60 talentos anuales. Por último, los focidios perdían sus dos votos en el Consejo, que eran traspasados a Filipo y sus descendientes. De esta forma el soberano adquiría una ventaja singular, pues no sólo se reconocía a Macedo-



El ágora de Atenas (siglos IV y III a.C.)
Según reconstrucción de R. Matin y F. Villard.

nia como otro estado «griego» digno de ser escuchado en las sesiones amfictiónicas, sino incluso se admitía que un régimen monárquico, es decir, un solo personaje, y no una comunidad mediante sus instituciones de gobierno —como era el caso de los once amfictiones restantes— tuviera la facultad de designar a sus delegados para el Consejo.

Filipo tenía ahora entre sus manos un instrumento que le permitiría actuar legítimamente en muchos de los problemas suscitados entre los griegos. No sin motivo la decepción o la alarma afectaron a una parte de las ciudades helenas, y sobre todo al comprobar que Delfos le otorgaba los títulos de bienhechor y proxeno, le concedía la *promanteia* (derecho a consultar el primero al oráculo de Apolo), le levantó una estatua y le dio a presidir el certamen pítico celebrado aquel otoño (346). Pero Filipo tenía también sus partidarios en Grecia, que le veían como un defensor frente a la avidez de los grandes (Atenas, Esparta, Tebas) y como el único hombre capaz de llevar a cabo la tarea de oponerse a los persas y expulsarlos de Asia Menor, mientras que sus enemigos no siempre eran conscientes de que, si no se realizaba la unión entre los principales estados griegos, la pérdida de la libertad sería sólo cuestión de poco tiempo.

2. La ascensión final de Macedonia y la privación general de la autonomía

Después de las tensiones surgidas a raíz de las últimas operaciones militares del rey durante las distintas fases de la Paz de Filócrates, así como por su manipulación de la Amfictionía délfica, las relaciones entre Filipo y los atenienses irán paulatinamente empeorando hasta alcanzar la ruptura en el año 340. El sexenio que media entre las fiestas píticas del 346 y el ataque de Filipo en el Bósforo a la flota comercial ateniense (septiembre/octubre del 340) contempla el fracaso de Demóstenes y otros políticos griegos, incapaces de entender que la solución bélica tradicionalmente defendida no tenía ya modo de prosperar (pues se había dejado escapar la ocasión de frenar a Macedonia en las primeras etapas de su expansión).

Tanto Filipo como Atenas comenzaron por dirigir su objetivo a reforzar la seguridad y el poderío. El monarca macedonio se adentró por el norte del reino, en los años 345 y 344, para combatir a los dardanios y a los ilirios (fue herido por estos últimos y pudo morir en la campaña). Luego, en el 344, expulsa a los últimos tiranos tesalios que aún mantenían autoridad y reforma el estatuto de Tesalia estableciendo un sistema decárquico (consejos de diez en las poblaciones o gobierno conjunto de diez ciudades); dos años más tarde volvió a modificarlos creando las llamadas tetrarquías, que agrupaban a las ciudades en cuatro distritos e imponían gobiernos de cuatro personas. Pero además Filipo se hizo nombrar arconte de la liga tesalia a perpetuidad y dispuso que el cargo fuera, como el de rey de Macedonia, transmisible a su heredero; la confederación de los tesalos no fue, así pues, suprimida, pero sus recursos económicos y su efectividad militar quedó estrictamente en manos del nuevo arconte.

También incrementó su fuerza en la Amfictionía por medio de los dos delegados de Tesalia, que presidían el Consejo, e incluso llegó a manejar los catorce votos de otros siete miembros; así visaba los nombramientos en el santuario délfico y contaba con ser elegido a la cabeza del ejército amfictiónico si estallaba un conflicto. La movilidad de su diplomacia le condujo a concluir en el 343 una alianza con varios estados del Peloponeso, entre los que estaban Argos, Megalópolis y Mesene. Durante el 343/42 concertó un acuerdo de amistad y no agresión con Persia —lo que le evitaba preocuparse por los límites orientales del reino—, llevó a cabo por la frontera occidental la invasión del Epiro, en donde el regente Aribas se negaba a entregar el poder al joven Alejandro (cuñado de Filipo), e instaurado Alejandro en el trono ampliaron los dominios del Epiro hasta las cercanías de Ambracia y Léucade. Todo ello sembró la inquietud en Corinto (metrópoli de aquellas dos ciudades griegas del Adriático) y en Atenas, que había concedido refugio a Aribas con la promesa de auxiliarle a recuperar la realeza del Epiro.

Tampoco Atenas descuidaba sus intereses, aun sumida en el contraste de ver dividida a la Asamblea entre simpatizantes y opositores al rey de Macedonia, lo que se tradujo con frecuencia en acusaciones y duros debates entre los principales oradores (enemistad y denuncias de Demóstenes contra Esquines, condena a muerte de Filócrates, acusado por Hipérides, en el 344, etc...) y en clara indecisión a la hora de optar por un camino. Para mantener el poderío naval, que todavía alcanzaba unas 300 trirremes, los atenienses precisaban renovar los viejos astilleros del Pireo; se emprendió entonces la construcción de unos modernos arsenales en el puerto de Zea, que ya prestaban servicios en el 343 y que fueron financiados median-



Dionisos. Templo de Apolo. (Siglo IV a.C.)
Museo Nacional de Atenas.

te una reforma de la *eisphora* (347/46) que rindió diez talentos anuales para la construcción naval. Gracias a la habilidad financiera de uno de los más notables políticos atenienses del momento, Eubulo, pudieron arañarse fondos a las restantes cajas del estado con el fin de incrementar la caja militar, cuya importancia hizo aconsejable desde el 344/43 nombrar para su administración a un tesorero. Si hicieron inversiones para fortificar las bases navales del norte del Egeo, donde recalaba la flota, y se expidieron nuevos contingentes de clerucos a las colonias del Quersoneso. También se procedió a una revisión general de los registros cívicos (346/45) y se aumentaron las cargas sobre los ciudadanos más ricos.

Frente a los agentes que defendían la causa de Filipo en toda Grecia la diplomacia ateniense no tomaba descanso. En el 343 Atenas no quiso comprometerse con el rey de Persia, Artajerjes III, que pretendía renovar los antiguos tratados de amistad con Atenas; poco más tarde entabló negociaciones con Filipo y sus representantes (Pitón de Bizancio) para revisar las cláusulas de la Paz de Filócrates consideradas inconvenientes, pero no se logró ningún acuerdo. Sí fueron más eficaces las gestiones hechas en el Peloponeso desde el otoño del 343 a la primavera del 342: se ayudó en Megara a impedir que algunos ciudadanos leales a Filipo se apoderaran de la plaza, por lo que Macedonia no pudo controlar la ruta hacia el Peloponeso y Atenas reforzó su posición en el istmo de Corinto. Luego se hizo cargo de responder a las amenazas de Filipo en Léucade y Ambracia: con la aprobación de Corinto y de Corcira se enviaron tropas a Acarnania, mientras Demóstenes en persona informaba de lo que sucedía a los aqueos, a Naupacto, a las gentes de Ambracia y a los ilirios. El orador ático consiguió, por último, que Acaya, Mantinea y las ciudades del norte de Arcadia, pero también Argos, Megalópolis y Mesene (ligadas meses antes por otro pacto a Filipo) cerraran un tratado de no agresión con Atenas.

La opinión de los griegos era cada vez más hostil a Filipo y en la primavera del 342 los atenienses, azuzados por Demóstenes y Hegesipo, habían rechazado varias propuestas del macedonio, dispuesto a ceder en algunos puntos, por considerarlas engañosas. Filipo dirigió entonces su mira a Tracia, en donde conquistó el reino de los odrises —en este nuevo territorio, que se colocó bajo la tutela de un gobernador macedonio, fundó Filipo varias colonias y ciudades— y estableció alianzas con el rey de los getas y con algunas ciudades griegas de la costa (Apolonia, Eno, Odeso). Entró también en relación con el tirano Hermias de Atarneo, que dominaba desde la Tróade el paso hacia Asia; hizo tratos con los etolios, prometiéndoles Naupacto, e intentó sin éxito frenar el nacimiento de una confederación independiente en Eubea (años 342 y 341).

A las evoluciones de Filipo en Tracia y la región de los estrechos respondió Atenas con una expedición al Quersoneso, que atacó Cardia (aliada de Filipo) y saqueó partes del territorio tracio sujeto a Macedonia; la ruptura de la Paz estuvo ahora muy cerca, aunque no se produjo (342/41). Atenas acertó además en el terreno de las alianzas: en el Egeo occidental cerró acuerdos con Bizancio, Abidos, Quíos y Rodas. Otro triunfo se produjo cuando a fines del 341 las ciudades de Eubea formaron una confederación, algunos de cuyos miembros se aliaron con Atenas. Pero la mayor victoria la logró Demóstenes al reunir un congreso que cristalizó en el establecimiento de una *koiné eirene* entre Atenas, Acarnania, Acaya, Ambracia, Corcira, Corinto, Eubea, Léucade y Megara (marzo 340); los nueve estados concertaron formar una coalición, cuya cabeza era Atenas, ciudad

que en caso de guerra ejercería la hegemonía. Todos los miembros debían prestarse recíproca amistad y asistencia, así como contribuir a formar y sufragar un ejército federal. Demóstenes fue recompensado por la Asamblea ateniense con la concesión de una corona de oro. Pero el estado de guerra era ya inminente, y los esfuerzos tendían a convencer (infructuosamente) a tesalios y magnesios para que abandonasen el lado de Filipo y a atraer a Tebas a la recién fundada alianza helénica.

La guerra contra Macedonia y la batalla de Queronea

A finales del verano del 340 Filipo decidió el asedio de la ciudad de Perinto y cruzó con algunas de sus tropas por el Quersoneso tracio (Atenas no quiso tomar aquella violación de su territorio como una declaración de guerra). Dado que Perinto resistía los embates de las máquinas de asalto macedonias, Filipo trasladó el ataque a Bizancio; pero también ante esta ciudad, socorrida por varios aliados, fracasó el cerco montado por los macedonios. Fue entonces cuando el rey de Macedonia apresó por sorpresa en el fondeadero de Hierón, a la entrada del Bósforo, 230 barcos cargados con mercancías de la región cimeria (básicamente grano) que esperaban a pasar el Helesponto protegidos por trirremes atenienses. Filipo se reservó como botín 180 navíos comerciales pertenecientes a Atenas y dejó partir a los otros cincuenta. Al conocer la noticia, la Asamblea declaró rota la Paz y abiertas las hostilidades contra Macedonia (comienzos del otoño del 340).

Había llegado la hora para quienes deseaban decidir la suerte de Grecia mediante las armas, y los atenienses concentraron sus labores en el mar. Demóstenes se hizo elegir comisario supervisor de la flota: desde ese cargo especial redistribuyó las cargas trierárquicas tradicionales para que gravaran sólo a los dueños de mayores fortunas (300 ciudadanos repartidos en veinte simmorías) y encauzó todos los excedentes de la hacienda y las cantidades destinadas a obras no urgentes hacia la caja militar. Dos escuadras fueron enviadas sucesivamente a Bizancio para aliviar la presión del asedio; por fin, en mayo del 339 Filipo renunció a la plaza y retiró las tropas. Atenas y los aliados de Bizancio (Persia, Rodas, Quíos y Cos) saldaban el primer episodio favorablemente.

Pero si la flota de los griegos dominaba el mar, la superioridad terrestre correspondía sin duda a Macedonia; de ahí que la actitud a adoptar por Tebas en el conflicto era de vital importancia, puesto que podía estorbar el paso del ejército macedonio por la Grecia Central. Y precisamente la situación había ganado en complejidad a raíz de ciertos sucesos, propiciados quizá por Filipo: en la sesión de abril del 339 Atenas fue acusada en la Amfictionía délfica por los locrios de Amfisa (¿movidos en la sombra por Macedonia?) de haber ofendido al dios mediante cierta ofrenda; los delegados atenienses redarguyeron solicitando la condena de estos locrios por haber cultivado el suelo sagrado de la llanura de Crisa. El Consejo decretó la Guerra Sagrada contra Amfisa y en la siguiente reunión del otoño propusieron a Filipo para conducir las tropas amfictiónicas como *hegemón*.

El rey de Macedonia no perdió tiempo. Con su propio ejército entró súbitamente en el Dóride, evitando las Termópilas, cruzó por la Fócide y se adueñó de la ciudad de Elatea, de suerte que cortó la comunicación entre Beocia y la ruta del Norte. En Atenas y en Beocia la noticia causó viva impresión: una embajada ateniense partió de inmediato hacia Tebas y Demóstenes ofreció a los estados de la liga beocia cerrar una alianza con

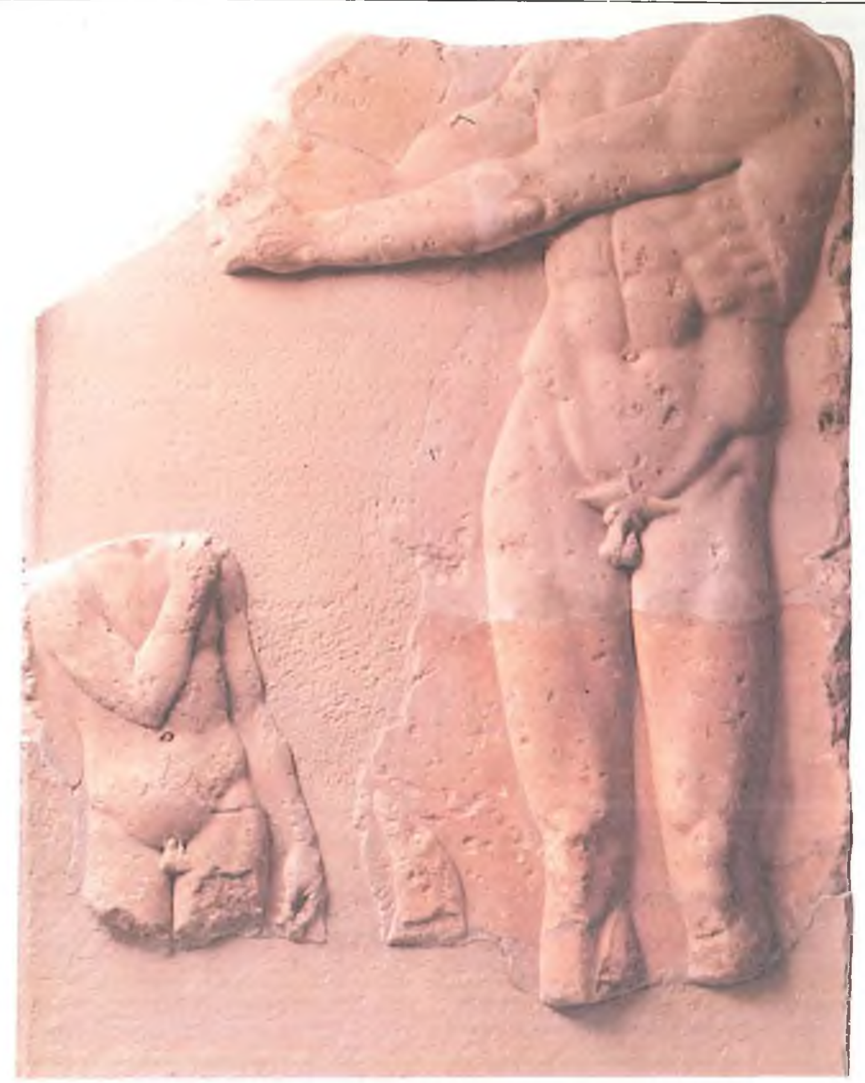
Atenas a cambio de notables concesiones (sólo un tercio de los gastos militares para los beocios; mando supremo por tierra para los tebanos y por mar compartido; renuncia ateniense a Platea, Tespias y Oropo; apoyo a los tebanos en caso de revuelta interna). La asamblea beocia aceptó este tratado y rompió con Filipo.

Los nuevos aliados instalaron sus fuerzas a cierta distancia de las posiciones de Filipo, cerrándole el paso hacia Amfisa y Tebas. Así permanecieron en el invierno del 339/38, mientras diplomáticamente Macedonia ganaba a su lado a los focidios, a los locrios orientales y a los etolios. Ninguna de ambas partes consiguió sacar de la neutralidad a los estados del Peloponeso, de forma que Atenas y los beocios contaban sólo con los locrios de Amfisa y los miembros de la alianza helénica del 340, pero no dudaron en rechazar las ofertas de paz que todavía hizo Filipo en la primavera del 338.

Los macedonios iniciaron entonces la ofensiva: rompieron la línea que protegía Amfisa y ocuparon la ciudad; llegados a Delfos protegieron una reunión de la Amfictionía y marcharon luego a tomar Naupacto, en el golfo de Corinto, que entregaron a los etolios. Nuevamente Filipo propuso a sus adversarios tratar sobre la paz, y por segunda vez en Tebas y en Atenas venció la opinión de los belicistas.

El Ática





Estela funeraria de un atleta apoxiomeno.
Museo Nacional de Atenas.

Los griegos se habían replegado entretanto al sur de Queronea, hacia el valle del Cefiso, y allí determinaron, cuando Filipo salió de Elatea, librar el combate definitivo: el 2 de agosto del 338 se enfrentaron en Queronea dos ejércitos similares en número (treinta mil infantes y dos mil jinetes respectivamente), pero la táctica y experiencia de Filipo desarticuló por completo la formación griega; su hijo Alejandro, que tenía 18 años, aniquiló el Batallón sagrado de los tebanos mediante repetidos ataques de la caballería macedonia situada en el ala izquierda.

La victoria de Macedonia en la batalla de Queronea inaugura, desde luego, una nueva etapa en la historia griega. Lo que no había conseguido Persia en el siglo V, tener a su merced a los principales estados de la Héla-

La expedición a Asia y los orígenes de Macedonia

Sobre los restantes puntos creo que tanto tu padre como el fundador de la dinastía y el creador de tu pueblo —si a este último se lo permitieran las reglas de los dioses y los otros dos aún fueran capaces de hacerlo— habrían de aconsejarte igual que yo. Baso mi afirmación en las acciones que ellos llevaron a cabo. Con aquellas ciudades cuyos sentimientos te animo a compartir, con todas mantuvo tu padre lazos de intimidad. El fundador de vuestro estado tuvo mayores miras que sus conciudadanos y ansió la monarquía, mas no se trazó el mismo camino que quienes persiguen semejantes dignidades. Pues los tales, para alcanzar esa autoridad, engendraban en su propia patria sediciones, disturbios y degüellos, mientras que aquél renunció por entero al territorio de Grecia y se inclinó a poseer el reino en Macedonia: sabía que los griegos no se hallan habituados a padecer la monarquía y que, sin embargo, los restantes pueblos son incapaces de dirigir sus vidas sin esta forma de gobierno. El resultado fue que, como tenía su propio criterio sobre tal asunto, su reinado constituyó también un caso muy distinto a otros: en efecto, al tratarse del único griego decidido a regir a un pueblo que no era de su raza, fue asimismo el único que logró esquivar los peligros inherentes a la monarquía. Porque podríamos comprobar que quienes en Grecia han realizado una aventura semejante no sólo fueron aniquilados todos ellos, sino que incluso su familia quedó borrada de entre la estirpe humana, pero el fundador de tu reino disfrutó dichoso de la vida y transmitió a sus parientes las mismas dignidades que él llegó a reunir...

Heracles, cuando vio que Grecia se hallaba repleta de guerras, de disputas y de muchas otras desgracias, puso fin a esa situación, reconcilió a unas comunidades con otras y mostró luego a las generaciones futuras junto a qué amigos resulta útil emprender las guerras y contra qué enemigos es menester iniciarlas. Llevó a cabo una expedición contra Troya, que contaba a la sazón con la mayor fuerza de entre las ciudades de Asia; sus dotes en el mando fueron tan excepcionales, comparadas con las de quienes hicieron después la misma guerra, que si aquéllos conquistaron Troya a duras penas tras un asedio de diez años valiéndose de un ejército compuesto por todos los griegos, Heracles la ocupó por la fuerza sin dificultad en menos

de, estaba al alcance de otra monarquía: la de Filipo II. El trato dispensado a Tebas fue riguroso, puesto que el rey decretó la disolución de la liga beocia y que todas las ciudades fueran autónomas; retiró a los tebanos los votos en el consejo amfictiónico y los repartió entre otras poblaciones de Beocia; los políticos antimacedonios fueron condenados a muerte o desterrados, y muchos prisioneros vendidos como esclavos; se instaló una guarnición macedonia en la Cadmea —para apoyar a un gobierno promacedonio de 300 oligarcas— y Oropo con su comarca se incorporó al Ática.

En cambio con Atenas, que había temido severas represalias, Filipo se mostró muy generosos: aunque se disolvía la confederación marítima, los atenienses conservaban las cleruquías de Lemnos, Imbros, Esciro y Samos, así como la soberanía sobre Delos; perdían el Quersoneso tracio, pero ganaban el territorio de Oropo. Veían además respetada su independencia política interna, pues Filipo renunciaba a introducir soldados en la ciudad y les permitía que usaran libremente la flota y sus puertos. La Asamblea ateniense aceptó estas condiciones (conocidas como tratado o paz de Demades) y otorgó numerosos honores a Filipo y a su hijo, a varios generales macedonios y a los miembros de las embajadas recibidas en Atenas.

La Liga de Corinto y la expedición a Asia

También sobre el resto de Grecia estableció Filipo su dominio con facilidad en el otoño del 338, eludiendo todo rigor inútil. Eubea se sometió por su voluntad y Cálcide acogió una guarnición macedonia; Acarnania y

de diez días, o casi, y con pocos combatientes a su lado. Y a continuación dio muerte a todos los reyes de las poblaciones asentadas en las costas de uno y otro continente: jamás habría conseguido matarlos si no se hubiera apoderado también de sus estados. Cumplidas ya estas gestas fabricó las columnas denominadas de Heracles, trofeo de su victoria sobre los bárbaros, monumento conmemorativo de sus méritos y de los muchos riesgos, mojones que limitan el país de los helenos.

He sometido a tu examen estos datos por una razón concreta, para que veas que el propósito de mi escrito es exhortarte a acometer las mismas empresas hacia las que tus antepasados, puestos a actuar, mostraron abiertamente su predilección por considerarlas las más hermosas. Sin duda es preciso que todas las personas con cabeza caminen tras los pasos de aquel poderosísimo guerrero y procuren tener su altura, pero a ti te conviene más que a ningún otro. Ya que no necesitas recurrir a ejemplos extraños, pues basta con el que hay en tu linaje, ¿cómo no recomendar que ante su figura te estimules y acrezcas tu amor propio para componer una réplica exacta de tu antepasado? No afirmo que llegarás a igualar todas las gestas de Heracles —porque ni siquiera algunos de los dioses serían capaces—, pero podrías al menos asimilar su manera de ser en lo relativo al carácter, la humanidad y la dulzura que mostró hacia los griegos... Por numerosos indicios, y en particular por el caso de Jasón, conocerás que debes obrar de esa forma. Efectivamente Jasón, sin haber protagonizado nada comparable a lo que tú hiciste, obtuvo muy alto renombre no por sus acciones, sino por sus palabras: pues exponía su intención de cruzar al continente asiático y combatir contra el Gran Rey. Y si Jasón, simplemente por lanzar esta idea, agrandó de tal modo su aureola, ¿qué clase de parecer, según es verosímil esperar, no forjarán todos sobre ti si ven que cumples esa misión y si, en particular, te empeñas en aniquilar por completo la monarquía persa o, al menos, en segregar la mayor porción posible de territorio y cortar Asia, como algunos dicen, de Cilicia hasta Sínope, y a ello agregas el fundar ciudades en esta región y el asentar en colonias a quienes ahora vagan extraviados, porque carecen de los bienes de cada día, y maltratan a todo el que se tropiezan?

Isócrates, Filipo (V) 105-108, 111-114, 119-121

Ambracia fueron ocupadas sin resistencia. Después de atravesar el istmo de Corinto todos los peloponesios, a excepción de Esparta, aclamaron a Filipo como su dueño y admitieron sus decisiones en materia de disputas territoriales. Los espartanos perdieron tres de sus comarcas en beneficio de los arcadios, de los mesenios y de Argos, y su obstinación fue castigada por el ejército devastando sus campos. La orgullosa Esparta siguió languideciendo reducida ahora a sus primitivos límites de Laconia. Finalmente, un importante contingente de tropas fue acuartelado en la acrópolis de Corinto para vigilar el istmo y el Peloponeso.

Pero los planes de Filipo eran más ambiciosos y pretendían encauzar bajo un solo régimen —el suyo— la política externa de todos los griegos del continente. Una forma de lograrlo podría haber consistido en ampliar la Anfictionía délfica, pero tal solución no aseguraba claramente a Macedonia el control de los resultados: por eso a finales de año Filipo invitó a los distintos estados griegos para que enviaran sus representantes a Corinto, en la primavera siguiente, al objeto de estatuir los derechos y obligaciones mutuas (de los griegos para con Macedonia y viceversa). Únicamente Esparta desoyó la convocatoria.

Reunidos pues en Corinto (marzo/abril del 337) los embajadores de las ciudades griegas establecieron una paz general (*koiné eirene*), reforzada mediante la conclusión simultánea de una alianza (conocida como Liga de Corinto). El tratado de paz contenía las siguientes disposiciones: se garantizaban la libertad y autonomía de todos los estados, así como sus actuales fronteras y el derecho a no recibir guarniciones extranjeras (pero se autorizaba la continuidad de las insta-

ladas por Macedonia en Tebas, Calcide, Corinto y Ambracia); se prohibió cualquier intento de cambiar las constituciones o de dictar medidas que fomentaran la revuelta social (repartos de tierra, abolición de deudas, liberación de esclavos); se declara la libertad de comercio marítimo y se fija el principio de que toda diferencia será arbitrada por la vía legal. Se acordó, por último, que los delegados de las distintas ciudades compondrían un Consejo, el llamado *synedrion* de los helenos —el número de delegados de cada estado sería proporcional a la entidad de su aportación militar—, al cual competería velar por el cumplimiento de las anteriores cláusulas.

Pero este mismo *synedrion* funcionaba asimismo como órgano central de una alianza militar constituida por todos los firmantes de la paz: la liga de Corinto. Ningún estado se hallaba sujeto a contribución o tributo, pero debía aceptar la fijación de los contingentes y obligaciones militares que le señalara el Consejo, al que correspondía también decidir en asuntos relativos a la guerra o a la negociación de la paz y poseía facultad para sancionar a los infractores de la alianza. Entre esta liga de los helenos (término que no incluye, resulta obvio, a los macedonios) y Filipo II se juró un pacto defensivo y ofensivo a perpetuidad por el que los griegos reconocían al rey de Macedonia la hegemonía de la alianza y convenían en que la ejerciera personalmente, llegado el caso, con el título de *strategós autokrátor* (general con poderes ilimitados). Pero en realidad, parece que con esta concesión se permitía a Filipo no sólo dirigir las operaciones, sino también reunir al *synedrion* sólo cuando lo juzgara oportuno, prefijar su política, sugerir resoluciones y ejecutarlas.

Con ello la guerra general contra los persas, por la que habían clamado tantos griegos desde Arístides a Isócrates y que Filipo tenía ya decidida, encontraba ciertamente su instrumento, aunque fuera sólo la expresión de una alianza impuesta. Por vez primera se designaba a un hombre, no a una polis, para ejercer la hegemonía, y aquella supuesta unidad de toda la Hélade reflejaba antes la ambición de Filipo que la creencia en un programa panhelénico. Si nominalmente los griegos aún podían considerarse autónomos, las realidades políticas del momento muestran que habían renunciado ya a cualquier libertad de acción.

Llevando la guerra a Asia para liberar a los griegos de aquella orilla Filipo podía acrecentar su soberanía, verse reconocido como un gran líder y acallar críticas hostiles a todos sus planes; la expedición quizá hubiera servido para estrechar los intereses comunes de Macedonia y Grecia. En la primavera del 336 Parmenión y Atalo cruzaron el Helesponto con diez mil hombres; debían descender por la costa hacia el sur —ya algunas ciudades griegas comenzaban a rebelarse contra Persia— y esperar a que les alcanzase el grueso de las tropas cuando Filipo cae asesinado en Egas, a la edad de 46 años, durante una ceremonia nupcial (julio del 336). Su obra incompleta tendrá que ser continuada por Alejandro, el hijo y sucesor.

Con Filipo se acaba una figura que suscitó las mayores pasiones entre los griegos, que vieron en él al responsable de su decadencia. La enemistad se alimentó progresivamente, porque las principales ciudades helénicas, cegadas por sus problemas e inquietudes, no prestaron suficiente atención al desarrollo de Macedonia, y cuando se percataron ninguna, excepto Atenas, creó los medios políticos, financieros y militares para limitarlo. Luego fue tarde. Probablemente la mejor disculpa en favor del monarca, y aquí estriba la paradoja, consistiera en recordar que si Filipo subyugó a Grecia lo hizo con la abierta colaboración, desinteresada o no, de la mayoría de los propios griegos.



Píxide ático de figuras rojas.
(Hacia el 340-330 a.C.) Museo Nacional de Atenas.

Bibliografía

Obras de carácter general

Cloché, P.: *Histoire de la Macédoine jusqu'à l'avènement d'Alexandre le Grand,* Paris, 1960.

Geyer, F.:*Makedonien bis zur Thronbesteigung Philipps II.*, Munich, Berlín 1930.

Hammond, N.G.L.: *A History of Macedonia*, Vol. I: *Historical geography and Prehistory*, Oxford 1972.

Hammond, N.G.L. y Griffith, G.T.: *A History of Macedonia*, Vol. II: *530-336 B.C.*, Oxford 1979.

Paribeni, R.: *La Macedonia sino ad Alessandro Magno*, Milano 1947.

Filipo, el hombre y el monarca

Adams, W.L. y Borza, E.N. (edits.): *Philip II, Alexander the Great, and the Macedonian heritage*, Washington 1982.

Badian, E.: «The death of Plilipp II», *Phoenix* 17, 1963, pp. 244-250.

Bengtson, H.: «Philipp und Alexander der Grosse». *Die Begründer der hellenistischen Welt,* Munich 1985.

Carrata Thomes, F.: *Cultura greca e unità macedone nella politica di Filippo II*, Turín 1949.

Cawkwell, G.L.: *Philip of Macedon*, Londres 1978.

Ellis, J.R.: *Philipp II and Macedonian Imperialism*, Londres 1976.

Momigliano, A.: *Filippo il Macedone*, Florencia 1934.

Opitz, O.: «Das Bild Philipps II», von Makedonien bei den attischen Rednern im ersten Jahrzehnt seiner Herrschaft», *Diss.* Düsseldorf 1976.

Los orígenes de Macedonia

Kallèris, J.N.: «Les anciens macédoniens». *Étude linguistique et historique, I: Introduction. La Langue,* Atenas 1954.

Rosen, K.: «Die Gründung der makedonischen Herrschaft», *Chiron* 8, 1978, pp. 1-27.

Zahrnt, M.: «Die Entwicklung des makedonischen Reiches bis zu den Perserkriegen», *Chiron* 14, 1984, pp. 325-368.

Las reformas de Filipo

Adcock, F.E.: *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley-Los Ángeles 1957.

Alfieri Tonini, T.: «L'evoluzione della poliorcetica con Alessandro Magno», *CRDAC* 9, 1977-78, pp. 19-44.

Aymard, A.: «Sur l'Assemblée macédonienne», *REA* 52, 1950, pp. 115-137.

Collart, P.: *Philippes, ville de Macédoine,* Paris 1937.

Errington, R.M.: «The Nature of the Macedonian State under the Monarchy», *Chiron* 8, 1978, pp. 77-133.

Kahrstedt, U.: «Städte in Makedonien», *Hermes* 81, 1953, pp. 85-111.

Markle, M.M.: «Use of the sarissa by Philip and Alexander of Macedon», *AJA* 82, 1978, pp. 483-497.

Rosen, K.: *King and People in Macedonia. A Study on their Relations under Philip and Alexander, Diss.* Univ. of South Africa, Pretoria 1970.

La conquista de Grecia

Cawkwell, G.L.: «The Peace of Philocrates again», *CQ* 28, 1978, pp. 93-104.

Griffith, G.T.: «Philip of Macedon's early interventions in Thessaly (358-352 B.C.)», *CQ* 20, 1970, pp. 67-80.

Hackett, N.J.: «The Third Sacred War, *Diss.* Cincinatti 1970.

Perlman, S. (edit.): *Philip and Athens,* Cambridge-New York 1973.

Roebuck, C.: «The Settlements of Philip II with the Greeks States in 338 B.C.», *C Ph* 43, 1948, pp. 73-92.

Wüst, F.: *Philipp der Zweite von Makedonien und Griechenland in den Jahren von 346-338*, Munich 1938.

Zahrnt, M.: *Olynth und die Chalkidier,* Munich 1971.

Los intelectuales griegos ante Filipo

Cloché, P.: *Démosthènes et la fin de la démocratie athénienne*, 2ª ed., París 1957.
Isocrate et son temps, París 1963.

Fuks, A.: «Isokrates and the Social-Economic Situation in Greece», *Anc. Soc.* 3, 1972, pp. 17-44.

Markle, M.M.: «Support of Athenian Intellectuals for Philip: A Study of Isocrates' Philippus and Speusippus' Letter to Philip, *JHS* 96, 1976, pp. 80-99.

Mathieu, G.: *Les idées politiques d'Isocrate*, París 1925.

Ramming, G.: «Die politischen Ziele und Wege des Aischines», *Diss.* Erlangen 1965.

Schaefer, A.: *Demosthenes und seine Zeit,* III 2ª ed., Leipzig 1885-87.

Treves, P.: *Demosthene e la libertà greca,* Bari 1933.

La Liga de Corinto y la expedición asiática

Frolov, E.: «Der Kongress von Korinth im Jahre 338/337 v.u.z. und die Vereinigung von Hellas», en E.C. Welskopf (edit.), *Hellenische Poleis,* 1, Berlín 1974, pp. 435-459.

Kienast, D.: *Philipp II. von Makedonien und das Reich der Achämeniden,* Wiesbaden 1973.

Wilcken, U.: «Philipp II, von Makedonien und die panhellenische Idee», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenschaften,* Berlín 1929, pp. 291 ss.